

EL ABISMO EN EL ESPEJO

Rodolfo Martínez

Primera edición: Setiembre, 2008

Primera edición en eBook: Abril, 2011

© 2008, Rodolfo Martínez

Ilustración de portada: © 2011 Pablo Uría

Diseño de cubierta: Felicidad Martínez

ISBN: 978-84-937877-8-3

www.sportularium.com

sportula@sportularium.com

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del autor.

Para Marta. Al fin y al cabo, la escribí para ella

Si luchas con monstruos te conviertes en un monstruo. Y si miras al abismo, el abismo te devuelve la mirada.

—Friedrich Wilhelm Nietzsche—

Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres.

—Jorge Luis Borges—

... y estos, los últimos versos que yo le escriba.

—Pablo Neruda—

Prólogo: El gusano taladra su camino hacia la luz

Un laberinto erizado de callejones sin salida.

Una mesa en la que nadie se apoya.

Un disco condenado al silencio.

Preguntas lanzadas contra nadie.

Respuestas que no quieres.

Un tren en una estación fantasma,

un barco sin pasajeros,

un esclavo sin dueño.

Una promesa que no se cumple

y nadie ha hecho.

Un regalo que no vas a desenvolver.

Una hoja en blanco sobre la que no puedes escribir.

—C. Corzo: «Sala de espera», del libro *Laberintos y tigres*—

Se mira en el espejo. Contempla sus ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto, la camisa sucia y arrugada. En realidad lo que quiere ver está más allá de su imagen, más allá del pasillo desordenado que se refleja tras su doble. Sí, al fondo, en el rincón más oscuro, una estrecha rendija de luz oculta apenas la presencia de una puerta. Ha visto esa puerta cientos de veces: la ha visto tan cerrada que no era más que un hueco oscuro en la oscuridad al fondo del pasillo, la ha visto abierta de par en par, una promesa de luz y claridad entre las sombras. La mayoría de las veces, sin embargo, la ha visto como la ve ahora, ni abierta ni cerrada, ni una promesa ni una prohibición, tan solo una invitación, un guiño que lo ha estado llamando todos estos años.

Se vuelve y sus ojos resbalan desganados por el pasillo. Un desastre, un completo desastre, y no le dará tiempo a limpiarlo todo antes de que vengan los demás. En realidad no importa, no espera estar allí cuando lleguen los otros. Mira de nuevo hacia la puerta: la estrecha franja de luz parece haber crecido. ¿Se está abriendo? Sí, se abre lentamente. Su claridad es extraña, no disipa las sombras en el reflejo del pasillo, al contrario, las hace más amenazantes, más ominosas. Pese a todo, la luz crece, una promesa de futuro que lo espera a lo lejos. Sí, es el momento.

Sin embargo, se detiene. A su cabeza acude un tropel de imágenes (puertas imposibles, rostros ensangrentados, escaleras que no llevan a ninguna parte, un improbable paisaje de estrellas), pero las

aparta todas frente a la única que insiste una y otra vez en llamar a las puertas de su memoria. Se ve a sí mismo (*Dios mío*, piensa. *¿Alguna vez fui tan joven?*) como un niño de nueve o diez años que se acerca al espejo y recorre su superficie con las yemas de sus dedos, sin atreverse a tocar el cristal, como si temiera que su solidez fuera un engaño, una trampa. Ve de nuevo el rostro de su tío abuelo, su expresión ceñuda mientras contempla al niño que fue él, y el guiño casi imperceptible que le lanza. Sí, lo sabía. Claro que lo sabía. Quizá incluso lo había visto antes de que sucediera, del mismo modo que él vio...

Pero no, ahora no es el momento para perderse en el pasado, para recuperar en la memoria sus miedos, errores y esperanzas. Ya habrá tiempo para eso. O quizá no, pero entonces no tendrá importancia.

Se acerca más al espejo, hasta que él y su doble (*pero no es mi doble; mi mano izquierda es su mano derecha, sonrío con el lado contrario de la boca*) están tan pegados como lo pueden estar dos amantes. Alza su mano. Roza con la yema de los dedos la fría superficie del cristal, la tantea como si quisiera asegurarse de su solidez. Su aliento empaña ligeramente la perfección del reflejo. Al fondo, la puerta casi se ha abierto del todo. *Ahora.*

De pronto, una figura se asoma en el umbral. Aparece y desaparece tan rápido que apenas es más que una sombra fugaz. Pero él reconoce un contorno familiar, un cuerpo que ha reinventado en el recuerdo más de mil veces en los últimos diez años, el destello de unos ojos azules. Una mano delicada agarra la manilla de la puerta. Él, inmóvil, incapaz del menor movimiento, contempla cómo el cuerpo desaparece en la lejana habitación iluminada, y con él la puerta se cierra, dejando de nuevo el fondo del pasillo cubierto de sombras y silencio. En el aire flotan las palabras que ha creído oír justo antes de que la puerta se cerrase:

—Es demasiado tarde. —Y ha reconocido perfectamente la voz, la misma que jamás creyó volver a oír en este mundo.

Mierda. He esperado demasiado. Ya no distingue el menor rastro de la puerta en el espejo. Se ha cerrado para siempre (*¿para siempre? no*) y con ella se ha desvanecido la promesa, la invitación, y solo queda la condena por sus actos.

Se vuelve lentamente, como si lo hiciera contra su voluntad, como si alguien ajeno a él lo obligara a girar y enfrentarse con el caos (ahora real, ya no un reflejo) que se desparrama por el pasillo. *Estoy en un lío, en un buen lío.* Si tuviera tiempo. Sí, con tiempo suficiente podría volver a poner las cosas en su sitio, arreglar ese desorden y dejar de nuevo la casa impoluta, tal y como esperan encontrarla los demás cuando lleguen. Pero no hay tiempo, lo sabe muy bien. No necesita mirar el reloj para saber que deben de estar a punto de llamar a la puerta.

Como convocado por ese pensamiento el timbre suena al otro lado del pasillo. Duda unos momentos, termina encogiéndose de hombros y echa a andar en dirección a la puerta. Sus pasos son extraños, como los de un borracho, intentando no resbalar en el suelo viscoso del pasillo. Llega al recodo que da al recibidor y se detiene un último instante, mientras el timbre vuelve a sonar. *Un desastre, un completo desastre,* piensa volviendo la vista al pasillo que está a punto de dejar atrás. Sigue caminando y al fin llega a la puerta. Compone una sonrisa de circunstancias y la abre.

Están allí, los cinco, frente a él. El inicio de un saludo aparece en los labios de Rodrigo, luego el asombro y una pizca de horror asoman a sus ojos y no consigue articular palabra.

—Pasad —dice él—. Tendréis que perdonar el estado de la casa. Está hecha un verdadero caos.

Se hace a un lado y con un brazo extendido les franquea el paso. Los demás dudan, mirando su pelo revuelto, su camisa sucia y sus ojos febriles. Al fin, Rodrigo consigue articular una sonrisa (y eso es lo que parece, como un resorte, como un mecanismo que no termina de funcionar demasiado bien) y entra en la casa. Los demás lo siguen.

Él cierra la puerta a sus espaldas y espera a que todos hayan doblado el recodo del recibidor. Oye un grito ahogado y cuando se une a ellos ve a Rodrigo arrodillado y vomitando en mitad del pasillo, por el que se ha internado antes de comprender del todo lo que pasa. Los otros se miran entre sí, y parecen incapaces de encontrar el valor suficiente para creer lo que están viendo.

Sí, el pasillo está hecho un desastre, y la última comida de Rodrigo es un adorno final que pasa casi del todo desapercibido en mitad del caos de sangre y restos humanos que lo decoran. Él contempla con una media sonrisa lo que queda de sus dos hijas y luego se mira a sí mismo, sus manos cubiertas de sangre, su

camisa salpicada de púrpura.

—Os lo dije. Un completo desastre. No me ha dado tiempo a limpiarlo antes de que llegaseis.

Nadie dice nada. Rodrigo ha terminado de vomitar y logra incorporarse. Los demás consiguen por fin creer lo que ven y empiezan a retroceder hacia la puerta. Rodrigo se une a ellos, y él no intenta detenerlos. Sabe bien que sería inútil.

Alguien susurra «Dios mío» y el juramento le parece de una blandura inútil ante el espectáculo de ensangrentada desolación que se desparrama por el suelo del pasillo.

—Es una broma —dice Jorge—. Es una broma.

Él niega con la cabeza, pero en realidad no hace falta. Ninguno lo mira. Ya están junto a la puerta y unas manos temblorosas consiguen abrirla. Todos salen atropelladamente a la calle y él los deja marchar.

Menos mal que no han entrado en la cocina, piensa mientras cruza el umbral y contempla impasible a su mujer esparcida por el suelo, ocupando todos y cada uno de sus dieciséis metros cuadrados. Dirige la vista a la pecera sobre el refrigerador y sonrío al ver allí la cara de ella, mirándolo perpleja para siempre desde el agua teñida de rojo.

Se sienta en una silla. *Mala suerte*, piensa. *Tenía que haberme dado más prisa*. Pero lamentarse es inútil. Mira una última vez el rostro de su mujer que parece a punto de sonreír desde su refugio de cristal. Saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende. Lo fuma con parsimonia, con tranquilidad, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Casi lo acaba cuando escucha, lejanas al principio, acercarse las sirenas.

1. No siempre ves el ojo de la tormenta

Hay dos presentes.

En uno, impasible,

alguien que no quiere ser yo responde a tus preguntas,

y finge no notar

la amenaza cercana de tu piel.

El tiempo es allí

un mazo de cartas que nadie quiere cortar,

una pregunta que nadie va a responder.

Y tú permaneces

erizada de murallas, de defensas, de distancias.

En otro, sin embargo,

mis manos son las dueñas de tu tacto

y no existe una frontera

que limite nuestros cuerpos con detalle.

Allí, mi silencio estalla

para siempre en el filo de tu boca.

—C. Corzo: «Bilocación», del libro *Laberintos y tigres*—

Era guapo y lo sabía, y la miraba consciente de que ella también lo sabía. Trató de no tener en cuenta el desagrado que le causaba su pose de machito seguro de sí mismo e intentó concentrarse en su trabajo. No quería que dijeran de ella que, ya el primer día, venía dándose aires de gran señora.

—Y aquí están las joyas de la corona.

Tras un amplio cristal (debía ser un espejo por el otro lado, pensó) se abría una habitación en la que un hombre se sentaba frente a un ordenador y tecleaba en él con dedos impacientes. Ella se acercó al ventanal y lo contempló largo rato sin decir nada. El paciente aparentaba unos cincuenta años y era pulcro y agradable: su rostro tenía una expresión de absoluta placidez mientras escribía en el ordenador y parecía indiferente a cuanto ocurría alrededor suyo. Lógico, puesto que no podía verlos.

—¿Quién es? —preguntó, volviéndose al celador.

Éste sonrió, cada vez más convencido de su propio atractivo.

—Ahora es noticia atrasada, pero causó revuelo hace unos años. Descuartizó a su mujer y a sus hijas y luego esperó tranquilamente a que llegaran a casa sus invitados y los hizo pasar para contemplar el espectáculo.

—¿No...? ¿El Descuartizador Impasible?

—Sí, así lo llamaron los periódicos.

Lo recordaba bastante bien, aunque por aquel entonces ella no debía ser más que una cría (hacia ¿diez? no, once años), pero fue en la época en que películas como *El silencio de los corderos* estaban de moda, y el que también nosotros tuviéramos nuestro propio Aníbal Lécter había sido noticia de primera página durante algún tiempo. Los reportajes sobre el juicio acentuaban sus modales impecables, su tranquilidad ante cualquier tipo de preguntas. Incluso alguna televisión había conseguido rodar un par de minutos del juicio. La imagen vino a su mente: calmo, sin inmutarse, respondiendo a los ataques más virulentos del fiscal con una parsimonia casi infinita, como si no estuviera hablando de sus propios actos sino de los de algún conocido casual.

—Interesante.

Volvió a mirarlo y se dio cuenta de que había dejado de escribir y parecía escuchar algo. Se volvía a medias hacia el cristal, como si se diera cuenta de la presencia de alguien al otro lado.

—Curioso, ¿verdad? —dijo el celador—. Lo hace a menudo, como si pudiera oírnos.

Ella asintió. Era un truco bastante viejo. Si haces eso al azar las veces suficientes terminarás haciéndolo en algún momento en que realmente haya alguien detrás del cristal. Pese a todo, el efecto era inquietante.

—Es el favorito del doctor Rodríguez.

—¿Y eso?

—Bueno, no sé, pero ya ve cómo es su habitación, casi parece que está en un hotel de lujo.

Era cierto. No solo el ordenador y una cadena de alta fidelidad, sino una amplia estantería abarrotada de

libros y CDs y una cama demasiado cómoda para parecer de hospital.

—Bueno, sigamos.

Pero el resto del recorrido ya no tuvo el menor interés para ella. Durante lo que quedaba del día siguió viendo a aquel individuo, su rostro inofensivamente guapo, sus dedos ágiles sobre el teclado, su expresión alerta, fingiendo oír a alguien al otro lado del cristal.

—No somos ni curas ni filósofos —le había dicho Carlos Carvajal, el director de su tesis (y, aunque aquello ya no tenía importancia, su amante por aquella época)—. La ética no es asunto nuestro. Tratamos con pacientes, no con asesinos, ni monstruos, ni psicópatas sedientos de sangre. Sí, ya sé que no utilizas esos términos, dominas demasiado bien la jerga de nuestra profesión para caer en una trampa tan burda. Pero pese a todo, y no importa las palabras que utilices, no puedes evitar calificarlos.

—Yo no...

—Espera, no he terminado. —Estaban en la cama, y él dejaba caer descuidadamente sobre las sábanas la ceniza de su cigarrillo. Eso había sido antes de que dejase el tabaco y se convirtiera en el típico ex fumador fanático—. No son monstruos. Quiero que lo comprendas bien. Son personas que bien sea por un desarreglo químico, por una tara en su desarrollo o por un traumatismo tienen afectadas sus percepciones, sus emociones o ambas cosas. Nada más. Y no estamos aquí para juzgarlos, ésa es tarea de los tribunales. Somos médicos, y no nos importan los actos de nuestros pacientes, a no ser como síntomas de su patología.

Había estado a punto de no decir nada pero, tal como él sabía, al final no había podido resistirse:

—Pero también somos personas.

Carvajal había sonreído.

—Sí, eso es cierto —había dicho, mirándola complacido, caso fatuo—. Un físico lo tiene fácil. Una nova es un fenómeno de la naturaleza, y no interfiere con sus prejuicios sobre lo que está bien y lo que está mal. Bueno, al menos no debería interferir, aunque luego termine pasando lo que pasa. En cualquier caso, eso es irrelevante. Lo que importa es que para nosotros resulta algo más complicado. No podrás evitar experimentar sentimientos acerca de tus pacientes, al menos al principio, pero debes tener siempre bien claro que esos sentimientos no deben interferir con tu diagnóstico.

Ella había asentido, y a Carvajal no se le había escapado que lo hacía casi a regañadientes.

—Comprendo.

—Sí, comprendes. Pero no me crees, no del todo.

Había terminado el cigarrillo y lo había aplastado en el cenicero sobre la mesita de noche. Como siempre, no lo había apagado bien y continuó humeando unos minutos.

—No importa. La experiencia es el mejor maestro. Ya lo irás aprendiendo.

Luego habían hecho el amor y al día siguiente él la había obligado a reescribir un capítulo entero de su tesis.

Rodríguez era un patán. Carlos ya se lo había advertido (la había llamado hacía una semana, cuando se enteró de que había conseguido el trabajo) pero eso no impedía la sorpresa que experimentaba siempre que encontraba a un patán en un puesto de responsabilidad. *Supongo que sigo siendo una ingenua*, pensó, y recordó las palabras de su antiguo mentor y amante: *no eres una ingenua, sólo una tozuda que espera que el mundo funcione de acuerdo a lo que quieres de él. Claro que quizá eso sea una definición de ingenuidad.*

Rodríguez llevaba veinte años al frente del hospital y, si alguna vez había sido un médico, hacía tiempo que se había convertido en un burócrata de bata blanca, incapaz de otra cosa que no fuera ocultarse tras una pila de memorándums.

—¿Qué tal su primer día, doctora?

Ella respondió con alguna frase poco comprometida y Rodríguez asintió comprensivamente en un gesto que tenía algo de paternal, tal y como se esperaba de él. Por detrás de aquella sonrisa bonachona, unos ojos fríos y envidiosos la calibraban, sopesando el peligro que representaba y cuánto tiempo tardaría en meterla en el molde que había concebido para ella. Iba a tener que andar con mucho cuidado con él, decidió. Quizá fuera un patán, pero estaba claro que estaba decidido a defender su territorio, y tenía el poder suficiente para hacerle la vida bastante difícil, o por lo menos incómoda.

—Supongo que habrá visto a Corzo.

Al principio ella no supo a quién se refería.

—Quizá lo recuerde mejor por el nombre que le dieron los periódicos. El Descuartizador Impasible.

La imagen volvió a su cabeza sin problemas: el hombre al otro lado del espejo, escribiendo en el ordenador y mirando a lo lejos.

—Ah, sí —dijo—. Me lo han mostrado esta mañana.

—Claro. —Rodríguez sonrió, como si Corzo fuera una parada inevitable en un recorrido turístico del hospital—. Un caso fascinante. Tiene un amplio dossier a su disposición sobre el señor Corzo. Le aconsejo que lo estudie detenidamente.

—Por supuesto.

No le preguntó por qué tanto cuidado con un paciente en concreto. Supuso que no tardaría en averiguarlo.

—No somos un hospital muy importante, pero el hecho de tener como interno al señor Corzo es... ¿cómo lo diría? Digamos que nos da cierto lustre.

Lustre, repitió ella mentalmente, encontrando ridícula aquella expresión tan arcaica. Y, durante unos instantes, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que sus gestos no la traicionaran y permanecer seria e impasible ante las palabras de Rodríguez. Una imagen acababa de formarse en su cabeza: Rodríguez vestido como un aburrido aristócrata victoriano mientras Corzo, ataviado de impecable mayordomo, le limpiaba los zapatos. «Lustre», le decía Rodríguez a su sorprendente criado. «Tienes que darles más lustre.»

—No digo que lo mimemos o le demos privilegios especiales, pero siempre es aconsejable que se encuentre cómodo entre nosotros.

—Comprendo —dijo ella, en una imitación más que aceptable de la seriedad.

Rodríguez asintió, en un gesto que fue casi un cabeceo.

—Sí, estoy seguro de que lo hace —dijo—. Es usted una persona despierta e inteligente, o nunca habría permitido que se integrase en nuestro equipo. Porque eso es lo que somos, no lo olvide, un equipo, el lucimiento personal está aquí fuera de lugar.

Salvo el tuyo, claro. Pero esta vez no tuvo problemas para mantener su sonrisa impasible mientras Rodríguez seguía perorando sobre la importancia de la labor de equipo. Era un discurso que ya había oído otras veces, muchas otras, y responder a él con una serie de asentimientos y murmullos aprobadores ya se había convertido casi en una costumbre.

—Creo que estudió con el profesor Carvajal. ¿Lo ha visto últimamente?

—En realidad no —dijo ella, pillada por sorpresa ante lo imprevisto de la pregunta.

—Un individuo brillante, sin la menor duda. Es una pena que prefiriera la vida académica. Siempre he creído

que su mente se desperdiciaba en las aulas.

No pudo evitar ponerse a la defensiva y responder:

—Es un profesor excelente.

—No lo dudo, no lo dudo, querida. —Rodríguez sonreía, paternal de nuevo—. Pero siempre creí que Carlos acabaría algún día como director de algún equipo médico de renombre. Es curioso que haya preferido ocultarse en la docencia.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que se encuentra más cómodo allí.

—Claro.

La conversación languideció enseguida, y Rodríguez la despidió con un último y paternal palmeo en el hombro y una retahíla final de tópicos. Su puerta estaría siempre abierta, todos eran allí como una gran familia, su primera preocupación era el estado de sus pacientes. Cerró los oídos como pudo a aquella verborrea sin significado, siempre manteniendo intacta su sonrisa.

Cuando la puerta del despacho se cerró a sus espaldas no pudo evitar un suspiro de alivio. Una enfermera que pasaba por allí le sonrió fugazmente sin detener su camino.

Al salir del trabajo no tenía demasiadas ganas de ir a casa, así que se dejó caer por el bar que había descubierto hacía poco a un par de calles de donde vivía. Había estado en él una única vez, y le había llamado la atención el enorme mural que decoraba una de sus paredes: por lo que había podido averiguar, se suponía que representaba la llegada de la barca del Rey Arturo a la isla de Avalón (aquél era precisamente el nombre del local), y había algo inquietante en aquella ilustración, algo que no estaba del todo a la vista pero que hacía que no pudieras apartar los ojos de él y al mismo tiempo no quisieras mirarlo.

El sitio estaba casi vacío, y se sentó en una mesa al fondo mientras tomaba a lentos sorbos un café con leche. Tras la barra había un hombre que parecía rondar los cuarenta, vestido de gris y con su pelo negro veteado de canas en las sienes. Estaba hablando con un cliente, un hombre joven con el pelo largo recogido en una cola de caballo.

Tuvo la absurda sensación de que, en realidad, hablaban de ella. No era la primera vez que le ocurría algo así. Sabía bien (cómo no saberlo) que en realidad aquello no era más que una manifestación de inseguridad personal, pero no podía evitar el sentimiento. Alzó la vista y descubrió al hombre de la coleta mirándola con una sonrisa de medio lado. Al darse cuenta de que ella lo había visto, apartó el rostro, pero lo hizo como a desgana.

Terminó su café y se fue del bar, con la sensación de tener clavados sobre ella los ojos de los dos hombres durante todo el camino. Al llegar a casa vio que tenía un mensaje de Carlos en el contestador:

—Hola, querida. Supongo que después de un duro día de trabajo, lo que menos querrás es estar de palique con un presuntuoso miembro de la profesión médica. Si pese a todo echas de menos a tu viejo profesor, ya sabes dónde encontrarme. En serio, si necesitas charlar déjate caer por casa. Sin compromisos.

Sonrió al oírlo. Como siempre, las palabras de Carlos, su tono pedantesco y preciso intentaban hacerlo parecer mayor de lo que era. En realidad, sólo le sacaba once años, pero se las apañaba para dar la impresión de que estaba a punto de abandonar la mediana edad para no volver más. Por unos instantes, estuvo a punto de llamarlo. Carlos siempre había conseguido tranquilizarla y en aquellos momentos, después de su primer día en el lugar en el que iba a pasar la mayor parte de su tiempo durante los próximos años (por no mencionar aquel extraño y desconcertante momento en el *Avalón*), necesitaba el apoyo de alguien.

Sin embargo, al final decidió no hacerlo. Sí, Carlos la ayudaría a pasar el trago del primer día, pero eso sentaría un precedente peligroso. No podía correr a los brazos de su antiguo amante cada vez que se encontrase deprimida o simplemente nerviosa. Tenía que aprender a afrontar las cosas por sí sola. Después de todo, ese era uno de los motivos por los que lo había dejado, ¿no?

—Sí, eso es lo que tú crees —le había dicho él cuando ella se lo explicó—. Y no dudo que lo crees con sinceridad. Algún día te darás cuenta de que es mentira. —Y había esbozado aquella sonrisa de amable superioridad que solía sacarla de quicio.

No importaba. De un modo u otro tenía que pasar aquello sola, y cuanto antes se acostumbrase, mucho mejor. Al fin y al cabo, podía haber conseguido una plaza en la Universidad, con o sin ayuda de Carlos, y haber optado, como él, por huir del mundo y encerrarse en su torre académica. No, había decidido salir al exterior y probar suerte, y seguiría adelante.

Pensó en llamar a Alicia, pero en cuanto se imaginó el tipo de cháchara trivial con la que la atormentarían sus antiguas amigas toda idea de hacerlo desapareció de su cabeza. Las apreciaba, pero era incapaz de vivir en un mundo en el que las preocupaciones más acuciantes eran el trabajo de sus novios o maridos, el cuidado de la casa, lo carísimo que estaba todo últimamente y, por supuesto, lo bien que había estado su último lugar de veraneo. Sabía bien la fama que tenía entre ellas: demasiado sería, demasiado preocupada por su trabajo. No le importaba, su trabajo le gustaba y la compensaba por todas aquellas trivialidades que parecía estar perdiéndose. Al menos la mayoría de las veces, pensó, no del todo cómoda consigo misma.

Se preparó una cena ligera y luego, con una taza humeante de café en la mano, se acercó a la estantería donde guardaba sus recortes de periódico. Había empezado a coleccionarlos siendo casi una niña (¿catorce? no, trece años) y ahora ocupaban más de quince gruesos volúmenes encuadernados en rojo. Había dejado de recortarlos hacía tiempo (y a veces echaba de menos aquellas tardes, pasando las hojas del periódico, tijera en mano, los dedos pringosos de pegamento), pero de vez en cuando todavía les echaba un vistazo.

Cogió un tomo y fue pasando las páginas. No tenía el menor recuerdo de haber guardado el caso de Corzo, pero sin duda debió de haberlo hecho: había sido lo suficientemente famoso en su época para que ella se interesase por él.

Al fin lo encontró. Desdobló el recorte y se enfrentó a la foto de un hombre tranquilo que sonreía con parsimonia desde el banquillo de los acusados. Sí, ahora lo recordaba. Debía tener unos diecisiete años y se había sentido fascinada por aquella imagen durante meses. ¿Cómo podía haberlo olvidado? No necesitaba consultar el amarillento recorte, los recuerdos iban volviendo a su memoria casi en tropel.

Corzo era escritor. No muy conocido, porque el género al que se dedicaba no gozaba precisamente de un gran fervor popular, pero tenía una más que aceptable fortuna propia que le permitía dedicar por entero sus esfuerzos a la literatura. Dirigía un taller literario anual en su casa, y había sido precisamente en la época del taller (de hecho, en su primer día) cuando había ocurrido todo.

Poco antes de que llegasen sus invitados, Corzo se había sumido en un frenesí homicida y había descuartizado a su mujer y sus dos hijas (le echó un vistazo al recorte: cinco y tres años), la primera en la cocina, las otras dos en el pasillo de la casa. Luego, se había sentado tranquilamente a esperar, había abierto la puerta a los asistentes al taller y les había pedido perdón por el desorden antes de hacerlos pasar. Ellos habían avisado a la policía, después de haber huido de la casa en un confuso tropel lleno de náuseas y horror.

Sí, fue un caso comentado. No por la truculencia de los asesinatos (aquellos era el pan nuestro de cada día, ya entonces, hacía una década) sino por la actitud de Corzo durante los interrogatorios policiales y, más tarde, en el juicio.

La investigación policial no había durado mucho. No sólo lo había encontrado prácticamente con las manos en la masa, sino que había confesado enseguida, sin hacer el menor esfuerzo por negar lo ocurrido o defenderse. Cuando le preguntaron los motivos se había encogido de hombros y había dicho que era una forma como otra cualquiera de pasar la tarde, en el mismo tono de voz que podía haber comentado que estaba terminando de pintar las paredes del cuarto de las niñas. Siempre impassible, había afirmado con total tranquilidad no sentir el menor remordimiento por lo que había hecho.

«Cuando le preguntaron si no quería a su mujer y a sus hijas», decía el periódico, «el acusado respondió con indiferencia que eso no tenía nada que ver».

Cerró el álbum de recortes. «Eso no tenía nada que ver». Recordó de nuevo los consejos de Carlos: *No son monstruos. Son personas que bien sea por un desarreglo químico, por una tara en su desarrollo o por un*

traumatismo tienen afectadas sus percepciones. Si era así, ¿de qué forma veía el mundo un individuo como ese? Podía entender la furia, la rabia irracional que ciega la mente y lo lleva a uno a cometer atrocidades de las que luego se arrepiente el resto de su vida. Pero ¿cómo comprender a una persona que con la cabeza completamente fría, dueño y señor de sí mismo, sin perder ni una pizca de su ser racional hace algo así y luego afirma no sentirse culpable por ello?

—Lo siento, Carlos —dijo en voz alta—. Pero no es humano. Es un monstruo.

Vio en su mente el gesto de desaprobación de su antiguo profesor. Tenía razón. Quizá fuese un monstruo, pero como médico eso no tenía importancia para ella. No debía tenerla. Lo único relevante era su cerebro, su equilibrio emocional, el mecanismo que lo impulsaba a comportarse así. Eso era lo que ella debía comprender y, si podía, corregir. Lo otro, por mucho que la llenase de asco y repugnancia, estaba fuera de su ámbito.

Intentó convencerse a sí misma, pero no tuvo mucho éxito.

Durante varias semanas apenas tuvo tiempo para pensar en Corzo. Estaba demasiado ocupada acostumbrándose al nuevo puesto, aprendiendo de qué manera funcionaban las cosas, qué cambios podía, con el tiempo, pensar en introducir en el sistema, y qué partes de él eran intocables. Trabajo, trabajo, trabajo. Llegaba a casa agotada, sin ganas para nada que no fuera poner un poco de música en el CD, calentar algo en el microondas y comerlo rápidamente, antes de meterse entre las sábanas y dormir sin sueños que pudiera recordar durante toda la noche.

Volvió un par de veces más por el *Avalón* y se sorprendió al descubrir que casi siempre parecía medio vacío. No vio de nuevo al joven de la cola de caballo, pero el hombre vestido de gris estaba siempre tras la barra, imperturbable y tranquilo, con una mirada distante en sus ojos grises. Examinó con atención el mural y, poco a poco, fue descubriendo pequeños detalles que le habían pasado inadvertidos la primera vez. En la isla a la que llevaban a Arturo, asomando apenas tras los matorrales, había ojos hirsutos de mirada carmesí y a lo lejos, en el cielo, asomaba lo que podría haber sido la garra de un dios. Ambas cosas estaban pintadas de tal modo que era difícil verlas en un vistazo superficial: ojos y garra se habían integrado tan perfectamente con el paisaje que era fácil que pasasen desapercibidas. Y, sin embargo, al mismo tiempo, uno se daba cuenta de que estaban ahí, a un nivel primario, inconsciente, lo bastante para sentirse desasosegado y, al mismo tiempo, no saber por qué.

Los fines de semana paseaba sola por el mercado, o se sentaba en un butaca aislada en la última fila de una sala de cine y se sumergía en las ficciones que otros habían creado para que ella las consumiera. Algún domingo iba a comer a casa de sus padres y, más ocasionalmente aún, quedaba con alguna de sus amigas. Le gustaba verlas, saber de su vida, pero enseguida se sentía saturada del cúmulo de trivialidades que ellas confundían con la felicidad. A veces, cuando volvía a casa de noche, mirando nerviosa a los lados, sobresaltándose ante el menor ruido que se saliera de lo normal, no podía evitar el pensamiento: ¿y si ellas tenían razón, y si eso era a lo que todo el mundo debía aspirar en la vida: crear una familia, cuidar unos hijos, vivir para otra persona? Sí, tal vez ella no era más que una estúpida que se engañaba a sí misma. *No, mierda. No es cierto. Tiene que haber algo más, tiene que haberlo.* Generalmente, el pensar en el trabajo conseguía tranquilizarla y volvía a casa reconciliada consigo misma: lo que hacía era importante, merecía la pena. También era consciente de que no bastaba, pero procuraba apartar aquella idea inquietante y molesta y casi siempre tenía éxito.

En el trabajo procuraba no mostrarse demasiado altiva. La tentación era evidente. Sólo tenía veintiocho años (*¿sólo? Dios mío, si nada más que me faltan dos para los treinta*, pensaba a veces) y muchos de sus subordinados le sacaban por lo menos un lustro. Mostrarse orgullosa y distante habría sido la defensa lógica, pero también habría sido una muestra de inseguridad, de falta de confianza en sus capacidades. Lo primero era cierto, se sentía terriblemente insegura, pero al mismo tiempo sabía perfectamente lo que podía hacer y lo que no, y no ignoraba que estaba capacitada para el trabajo.

Por supuesto, hiciera lo que hiciera, siempre habría quien la vería como una advenediza que se había ganado el puesto abriéndose de piernas ante Dios sabe quién. Era inevitable: pocos médicos conseguían un puesto como el suyo recién terminado el MIR, y el hecho de que fuera una mujer no contribuía a hacer más aceptable su éxito. En el poco tiempo que llevaba en el hospital ya había oído más de un comentario al

respecto, supuestamente referidos a otra persona, pero dichos con la suficiente dosis de ambigüedad y mala leche para que ella se enterase de a quién iban dirigidos. Como había hecho durante la mayor parte de su vida, intentó no tenerlos en cuenta. Hacían daño, claro que sí, pero su coraza había resistido acometidas mucho más rabiosas y había salido indemne.

Nadie sale indemne, pensaba, en los escasos momentos en que se permitía considerar esas cosas. *Cada golpe es un clavo más en el ataúd que encierra tu carácter, hasta que terminas convirtiéndote en una parodia de ti misma, o quizá en tu madre cuando tenía tu edad*. Procuraba no pensar mucho en eso, pero a veces no podía evitarlo.

En general se llevaba bien con la mayoría de la gente que trabajaba con ella. Era eficiente, asumía sus responsabilidades y no le importaba reconocer cuándo metía la pata y pedir consejo sobre lo que debía hacer. No dejaba de ser una estrategia, por supuesto, pero eso no impedía que funcionase. Había estado trabajando con (y *contra*) hombres demasiado tiempo para no haber aprendido a manejarlos.

Una tarde, un comentario casual después de la comida le trajo a Corzo de nuevo a la mente. Estaban junto a la máquina del café, chismorreando como siempre, y alguien dejó caer que el descuartizador había pedido un nuevo disco duro y que Rodríguez había perdido el culo para conseguirlo. Eso llevó a que le explicaran el acuerdo que ambos tenían desde que el juez había trasladado a Corzo allí, hacía algo más de diez años.

—Una donación anual a los fondos del hospital y, de vez en cuando permite que Rodríguez escriba un artículo sobre él para alguna revista médica. Es el único a quien permite hacerlo. Aunque en realidad hace tiempo que no escribe ninguno, supongo que el tema de Corzo ya no interesa. A cambio ha convertido su habitación en una residencia de lujo. No es un mal trato, sobre todo si tenemos en cuenta que el loco hijo de puta se va pasar aquí toda su vida.

—Aquí no tenemos ningún loco hijo de puta, Cabrera, sólo pacientes, recuérdalo.

—Claro, claro, Isabel, perdona.

Más tarde, a solas en su despacho, la imagen de Corzo no se le iba de la cabeza. Cabrera era un imbécil, muy dado a los calificativos vulgares, pero el término loco hijo de puta no dejaba de tener cierta... gracia, por decirlo de algún modo. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, menos idóneo le parecía para alguien como Corzo. ¿Loco? ¿Hijo de puta? Lo primero quizá (*al fin y al cabo por algo está aquí, ¿no?*, pensó con una sonrisa torcida), pero no conseguía imaginárselo como la bestia sedienta de sangre que sugería la otra expresión. No, Corzo había convertido en hamburguesas a su mujer y a sus hijas con la misma eficiencia que un contable esmerado cuadraba un balance: sin pasión, sin rabia, sin el menor atisbo de irracionalidad.

En realidad no puedes estar segura. Lo que sabes de él se reduce a lo que leíste hace once años en un periódico.

El encargado de los registros no debía tener más de veinticinco años y, al igual que había hecho en el *Avalón*, la miraba con una curiosidad distante y levemente divertida. Isabel trató de aparentar tranquilidad al reconocerlo, pero no estuvo muy segura de haber tenido éxito.

Sin embargo, él no pareció darse por aludido. Fumaba un cigarrillo tras otro, empalmando el siguiente con el anterior a tal velocidad que daba la impresión de estar siempre con el mismo en la mano. Y, como Isabel ya había notado cuando lo había visto en el bar, llevaba el pelo, largo y castaño, recogido en la nuca con una cola. Sus modales lo hacían parecer un amasijo de nervios: era incapaz de estarse quieto más de un segundo.

—¿El informe de Corzo? Claro, doctora. ¿Lo quiere en papel o prefiere leerlo desde su ordenador?

—Mejor en papel —dijo ella.

No le gustaban los ordenadores. Había algo desagradable en la fría eficiencia de aquellas máquinas que parecían juguetitos inoocuos de pantallas multicolores y eran capaces de hacer cosas que en otro tiempo hubieran necesitado un batallón de operarios humanos. Por supuesto, había tenido que usarlos a lo largo de la carrera y, después, durante las prácticas, pero seguía acercándose a ellos con desconfianza, casi con

temor.

—Como quiera —dijo el encargado con una sonrisa irónica, mientras terminaba un cigarrillo, miraba a su alrededor en busca del paquete, lo encontraba, se llevaba un nuevo cigarrillo a la boca y lo encendía, todo esto sin dejar de hablar—. Pero en ese caso será mejor que vaya haciendo pesas. Venga.

Se acercó a uno de los enormes archivadores que ocupaban la pared del fondo y lo palmeó con la mano en la que llevaba el cigarrillo. Por supuesto, eso hizo que la ceniza cayera y lo manchase.

—Mierda —dijo, soplando para quitar la ceniza—. Bueno, aquí tiene.

—¿Cuál de ellos?

—Todos.

El archivador tenía cuatro grandes cajones. Isabel se acercó algo más y pudo ver las etiquetas de cada uno de ellos. En todos ponía «Corzo», y al lado un periodo de unos tres años. El encargado de los registros enarcó una ceja y sonrió.

—Pronto tendremos que empezar uno nuevo —dijo.

—Bromea.

—Le aseguro que no, doctora. Por supuesto, si lo único que le interesa es el informe médico de nuestro amigo lo encontrará en la primera carpeta del cajón de arriba. El resto es su obra completa.

Isabel asintió. Recordó de nuevo a Corzo, sentado frente al ordenador y escribiendo como si la vida le fuera en ello. Pese a todo, aquella cantidad de material resultaba abrumadora, casi como si... Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el encargado del registro dijo:

—No ha parado de escribir un solo día desde que lo trajeron. —Se encogió de hombros, y el gesto le hizo parecer un adolescente durante unos instantes—. Supongo que es lógico, al fin y al cabo no tiene nada mejor que hacer.

—Ya —respondió Isabel, sin saber muy bien qué decir.

Había pensado en echarle un rápido vistazo al expediente de Corzo y seguir con su trabajo y ahora se encontraba enfrentada a más de ocho mil... no quizá diez mil páginas llenas de información. No tenía la menor idea de por donde empezar.

El encargado del registro la observó unos instantes sin decir nada mientras encendía un nuevo cigarrillo. Un gesto de comprensión asomó al fin a su rostro. Abrió el primer cajón y sacó de allí una carpeta.

—Ya veo que no se esperaba esto —dijo—. Tenga. Es un índice de todo el material. Procuero mantenerlo al día, pero teniendo en cuenta a la velocidad que escribe Corzo siempre andamos un par de semanas retrasados. Tengo otras cosas que hacer, como comprenderá, y él podría llenar por sí solo varias categorías del libro Guinness de los récords. De hecho, quizá llamarlos no sería mala idea.

Ella asintió, sopesando la carpeta en las manos. Tendría unos doscientos folios. Miró a su interlocutor al rostro y no pudo evitar la sensación de que algo brillaba en lo más hondo de sus ojos, un asomo apenas oculto de diversión que no supo muy bien cómo interpretar.

—Supongo que esto servirá para empezar —dijo—. Gracias por su ayuda.

—De nada. Para eso estamos. —Dudó unos instantes, y luego esbozó una sonrisa nerviosa—. Es una pena que no quiera que se publique nada de esto. Hay algunas cosas muy buenas.

—¿Las ha leído? —preguntó Isabel, procurando adoptar un tono de voz neutro.

Un miembro del personal administrativo no debería andar leyendo material como aquél. De hecho, sólo el médico asignado a Corzo debería tener acceso a aquellos escritos, y eso con fines puramente terapéuticos. Trató de que aquel pensamiento no dejase rastro alguno en sus facciones, pero no debió de tener éxito, porque el encargado del registro asintió con una sonrisa maliciosa y dijo:

—Sí, ya sé lo que está pensando. Al fin y al cabo se supone que no es asunto mío. Y supongo que leer esto viola la confidencialidad entre médico y paciente o como demonios se diga. Pero le aseguro que no había otra forma. Si quiere tener un índice mínimamente útil de la obra de nuestro amigo no hay otro método. Claro que sólo lo he leído por encima, lo bastante para ver de qué iba cada cosa, pero hay ahí textos que si se publicasen se venderían muy bien, incluso sin contar con el morbo de que su autor esté recluido en un manicomio... oh, perdón, ya sabe cómo somos los legos. Quería decir...

—Sé muy bien lo que quería decir. No se preocupe.

No pudo evitar una sonrisa ante la actitud del hombre. Aunque sus palabras habían sido de disculpa, no fue capaz de encontrar el menor rastro de ella en su tono de voz: había hablado con una cierta arrogancia que, inevitablemente, le recordó a Carlos Carvajal.

Él asintió.

—Cuando haya leído el índice no tiene más que decirme qué documentos quiere y se los conseguiré. Claro que si prefiere buscar usted misma no hay problema. De todas formas lo tendría mucho más fácil si usara el ordenador. Sería más rápido. Y supongo que su usuario tiene los permisos necesarios para acceder a este material.

Ella no estaba muy seguro de eso último, sobre todo si pensaba en el acuerdo al que Rodríguez parecía haber llegado con Corzo. Le dio las gracias al encargado del registro y le pidió también el expediente médico del paciente. Luego, tras un rato de charla intrascendente se despidieron, mientras el hombre encendía un nuevo cigarrillo en mitad de un ataque de tos. Isabel estuvo a punto de hacerle algún comentario sobre el tabaco, pero se lo pensó mejor y se fue sin añadir nada más.

Durante el resto de la mañana estuvo demasiado ocupada para mirar el índice. Después de comer decidió prescindir de la pausa del café (no era aconsejable, seguro que provocaría más de un comentario, pero qué demonios) y a solas en su despacho abrió la voluminosa carpeta y empezó a leer.

La fertilidad de Corzo era algo apabullante: cuentos, novelas, poemas, incluso un guión cinematográfico. Sánchez, el encargado de los registros, había hecho un buen trabajo, aunque seguramente había sido su ordenador el que había llevado a cabo la mayor parte de la tarea. No, eso no era justo. Cuando un cirujano opera no es su bisturí quien hace el corte, sino su mano, y tras ella su cerebro.

En realidad había cuatro índices distintos: el primero no era más que un simple recuento, por orden cronológico, de todo lo que Corzo había escrito, normalmente apuntado por el título o, si éste no existía, por la primera línea del texto. El segundo hacía lo mismo, pero ordenado alfabéticamente. Los dos últimos resultaban más interesantes: uno distribuía por géneros cada una de las obras: cuento, novela, poema... Y el otro las agrupaba por temas. Sánchez había advertido, en una nota al margen, que este era el menos fiable de los cuatro índices, por cuanto esa clasificación temática era subjetiva.

Había un subapartado en el índice de géneros que le llamó la atención. Su título no podía ser más claro: *Obras inacabadas*. De alguna manera presintió que aquellos esbozos que Corzo nunca había llegado a terminar serían más interesantes, más indicativos de como funcionaba realmente su cabeza que las obras ya finalizadas. Al fin y al cabo el escritor tiene mucho cuidado en encriptarse a sí mismo cuando escribe algo ya acabado, y tiende a ser menos cuidadoso cuando aún está tanteando el terreno. En realidad Isabel nunca había conocido a ningún escritor, y lo poco que sabía de ellos se reducía a cuatro recuerdos borrosos de las clases del instituto, pero la lógica le decía que las cosas debían ser así. *Claro que la lógica no tiene nada que ver con esto.*

La mayoría de las obras inacabadas no pasaban de una página, y algunas eran un simple párrafo (Sánchez había tenido el detalle de apuntar la extensión junto al título). Sin duda Corzo no las había encontrado adecuadas, por una multitud de razones distintas: quizá no le gustaba cómo estaban escritas, o no sabía cómo continuarlas, o simplemente no le convenía demasiado lo que estaban contando. Claro que ahí había algo interesante. ¿Por qué no borrar los textos en lugar de grabarlos? ¿Por qué molestarse en ocupar espacio en el ordenador con aquellos abortos literarios que nunca llegarían a desarrollarse del todo? Tuvo una idea repentina, y sin saber por qué la presintió como correcta: la vanidad. Al fin y al cabo, el ego es un componente fundamental de cualquier escritor, eso era evidente, y Corzo no iba a ser la excepción a la regla. Inacabados o no, aquellos fragmentos habían salido de su mente, y Corzo se resistía a que desaparecieran. Aquello podía ser un principio.

Abrió luego el expediente clínico. Posiblemente muchas de las ideas que se le habían ocurrido ya estaban contempladas en él, y era una tontería recorrer un camino que ya había sido transitado.

Al acabar de leer, sin embargo, no sabía qué pensar. Aparte del informe del psiquiatra forense que lo había tratado y del médico contratado por su defensor, no había nada más de importancia. Durante aquellos once años, ni un solo miembro del personal del hospital se había molestado en investigar a Corzo. Aquello era absurdo. Sí, por supuesto, estaban los artículos que Rodríguez había escrito, pero le bastó echar un vistazo a uno de ellos para darse cuenta de que no eran más que un cúmulo de lugares comunes adornados con primorosa jerga de psiquiatra. Rodríguez se había limitado a contar lo mismo una y otra vez, disfrazándolo tras algún cambio de enfoque y aderezándolo con algún que otro comentario de su paciente. Lo peor no era eso: en todo el expediente no había el menor rastro de que Corzo estuviera siguiendo medicación alguna, lo cual no dejaba de ser ridículo además de inaudito. El informe original hablaba de una esquizofrenia en su fase simple y, tarde o temprano, ésta se habría manifestado en ataques más o menos violentos: a la larga habría sido inevitable que lo medicasen.

Masculló una maldición entre dientes. Ella misma tendría que hacer todo el trabajo. Si la dejaban, claro. Recordó de nuevo el trato que Rodríguez y Corzo mantenían y empezó a comprender algunas cosas. Corzo no sólo se había asegurado una cómoda jaula de oro durante el resto de sus días, sino que se las había arreglado para mantenerse a salvo de molestas investigaciones. Y lo más probable era que Rodríguez ni siquiera se hubiese dado cuenta.

Aquello podía ser un problema. Si ella empezaba a meter sus narices en el asunto, la cosa no tardaría en llegar a oídos del director del hospital. Incluso era posible que Corzo se le quejase y amenazara con hablar con su abogado para que solicitase un traslado de centro. Tendría que andar con mucho cuidado.

No veré a Corzo. Al menos de momento. Sí, lo mejor sería que se limitase a lo que había en el registro. Al fin y al cabo, tenía material más que suficiente para empezar. *Si es que decido hacerlo, claro. Al fin y al cabo, se supone que esa no es mi labor.* Pero enseguida dejó a un lado el pensamiento. Claro que lo haría.

—Ha hecho un trabajo excelente.

—Gracias, doctora. —Sorprendentemente, no había un cigarrillo en las manos de Sánchez—. Pero fue esta maquinilla la que hizo la mayor parte del trabajo.

—Pero, cuatro índices nada menos...

Sánchez sonrió, y, al igual que había pasado cuando se encogió de hombros, el gesto convirtió sus rasgos en los de un niño malicioso.

—Oh, no. Sólo compilé un índice. Incluí en él los títulos, las fechas, los temas y los géneros. A partir de ahí es fácil ordenarlo como uno quiera.

—Comprendo —dijo ella, haciéndolo en realidad solo a medias.

Echó un vistazo fugaz al enorme monitor que había junto a Sánchez. En aquel momento mostraba un calidoscopio vertiginoso que circulaba por toda la pantalla, deformando las imágenes que había en ella. Él captó su mirada y volvió a sonreír.

—Ya —dijo—. Me temo que pertenece usted a ese noventa por ciento de la humanidad que desconfía de los ordenadores.

Isabel no dijo nada, pero la expresión de su rostro era bastante evidente.

—Es ridículo. Aunque ustedes no tienen la culpa, sino la propaganda, supongo. Doctora, le aseguro que un ordenador no es muy distinto de una lavadora o un horno microondas. Considérelo un electrodoméstico más. El resto es fácil.

—Pero un ordenador hace cosas que no puede hacer una lavadora.

—Por supuesto. Y una lavadora cosas que no puede hacer un ordenador. —Frunció el ceño, de repente.

Isabel no pudo evitar sentirse atraída por él, pese a aquella espantosa coleta que adornaba su nuca. Siempre le pasaba con los hombres que no parecían conscientes de su atractivo—. En realidad todo es cuestión de perderles el miedo.

—¿Miedo?

—Sí, la mayoría de la gente tiene miedo a los ordenadores. Y es ridículo. No son más que esclavos subnormales. No, eso es demasiado suave, por no mencionar —añadió con una nueva sonrisa maliciosa— que no es un adjetivo muy apropiado que digamos en esta época de gilipollismo políticamente correcto en la que nos ha tocado vivir.

Enarcó una ceja, esperando quizá una reacción por parte de Isabel. Cuando vio que no conseguía ninguna continuó hablando:

—En cualquier caso, incluso a un subnormal se le supone un mínimo de inteligencia. Un ordenador no piensa, no razona, se limita a obedecer sus órdenes. ¿Sabe cuál es el problema? Que incluso el más estúpido de los esclavos, con el tiempo, aprende a reconocer lo que su amo desea de verdad, aunque éste no sepa decírselo. Un ordenador, en cambio, nunca hará lo que usted quiere, sino lo que le ha dicho que haga, lo que desgraciadamente son cosas muy distintas.

—Sí, supongo que tiene razón.

Isabel había ido allí con la esperanza de sonsacarle algo a Sánchez. El encargado del registro parecía ser el único que se había tomado la molestia de leer lo que archivaba y posiblemente fuese la persona que más sabía sobre Corzo en todo el hospital. *Desde luego, más que Rodríguez, en cualquier caso*, pensó. Antes de adentrarse por aquella selva descomunal de documentos quería tener una guía fiable, y Sánchez era lo más parecido a eso que podía encontrar. No entraba dentro de sus planes enzarzarse en una conversación sobre las excelencias y las deficiencias de los ordenadores, pero la había seguido lo mejor que había podido. Estaba claro que no podía entrar allí y soltarle de sopetón lo que realmente quería.

Hubo un rato de incómodo silencio. Sánchez no parecía el mismo del día anterior. Se sentaba en la silla completamente relajado y no hacía el menor ademán de alargar la mano al paquete de cigarrillos que había junto al teclado.

—¿Está dejando de fumar? —preguntó de pronto Isabel.

Él pareció dudar unos instantes, como si no estuviera muy seguro de qué respuesta darle.

—No —dijo al fin—. Es... mi día de descanso, llamémoslo así. Una vez a la semana no pruebo el tabaco.

Isabel no dijo nada, pero enarcó una ceja, sorprendida ante aquello.

—Es una tontería, lo sé, pero es una forma de demostrarme a mí mismo que soy yo quien domina mis vicios, no ellos a mí.

—Ya.

—En fin, doctora. No creo que haya venido hasta aquí solo para darme palique. Tengo la impresión de que hay algo que quiere preguntarme y no se atreve.

—Bueno, más o menos. En realidad necesito su ayuda.

Sánchez asintió, como si aquello fuera exactamente lo que había esperado oír.

—¿Sobre? —preguntó.

—He mirado el índice y, como le he dicho, me ha parecido muy bien compilado. Pero es demasiada información y no sé por dónde empezar.

—Ya veo. Y ha llegado a la conclusión de que el único que se ha molestado en echarle un vistazo a la obra completa de Corzo he sido yo.

—Algo así.

—Bien. Si acepta el consejo de un lego, de un pobre informático que ha acabado en un manicomio por error... no, eso suena como si yo fuera un interno. —Enarcó una ceja otra vez y la miró unos instantes, esperando de nuevo a que ella dijese algo. Cuando vio que Isabel tampoco iba a hacerlo esta vez se encogió de hombros y siguió hablando—. En fin, a lo que iba. Yo de usted empezaría por los cuentos y por lo inacabado.

—Sí, pero pese a todo...

—Ya, ya sé. Incluso por ahí se podría perder uno.

Sánchez se quedó pensativo unos instantes, como si Isabel le hubiera planteado un problema importante y estuviera esforzándose en dar con una solución brillante. Al fin su rostro se iluminó y dijo:

—Creo que ya lo tengo. Verá, entre lo último que ha estado escribiendo hay una serie de cuentos. No sé, a estas alturas deben rondar la docena. Son muy curiosos. Todos ellos cuentan la misma historia, pero cambia el punto de vista, el estilo, los detalles. Es algo increíble, como si varios escritores distintos decidieran contar lo mismo. El resultado es fascinante. Jamás creí que se pudiera contar lo mismo de maneras tan distintas. Además..., no, venga, se lo enseñaré. Coja una silla.

Isabel hizo lo que le pedía y se sentó a su lado, mientras Sánchez cogía el ratón y navegaba por las ventanas de la pantalla (el caos multicolor había desaparecido) con una seguridad e indiferencia que solo podían ser producto de muchos años.

—Aquí tiene: «El cuento de Rodrigo», «El cuento de Irene», «El cuento de Javier»... ¿Ve lo que le digo?

Una cascada de ventanas de texto llenaron el monitor, cada una de ellas mostrando las primeras líneas de un cuento.

—Cada uno tiene un título. Pero además les ha asignado un autor, como si no fuera él quien los ha escrito.

A Isabel se le ocurrió una idea: Corzo estaba tecleando en su ordenador relatos que no eran suyos, sino de otros escritores. Era absurdo, por supuesto, ridículo. Nadie en su sano juicio malgastaría su tiempo en algo así. Sólo que si Corzo estuviera en su sano juicio, se dijo, no estaría encerrado en aquel lugar. Así que preguntó:

—¿No puede ser que...?

—¿Que realmente no sean suyos? —Al terminar por ella la frase, Sánchez parecía complacido, como si el hecho de que ambos pensasen lo mismo le resultara inesperadamente placentero—. Ya se me había ocurrido. No puedo asegurarlo, claro, pero no he encontrado rastro de estos cuentos fuera de aquí. Y supongo el hecho de que una docena de escritores publiquen relatos que están contando lo mismo es algo lo bastante raro para que hubiese llamado la atención de los críticos de haberse producido.

—Interesante.

—¿Verdad que sí? Por otro lado también tiene sus poemas. No son muchos. Nuestro amigo no parece un gran aficionado a la poesía. Pero resultan interesantes. No soy ningún experto en literatura, pero es raro que alguien use fórmulas tan clásicas y rígidas como un soneto y al mismo tiempo escriba también poemas en verso totalmente libre, sin reglas ni ataduras de ninguna clase. Y nuestro amigo lo hace. Continuamente. De hecho, a menudo usa el mismo tema en más de un poema, pero en un caso lo hace usando un metro y una rima totalmente clásicos, y en el otro prescinde de cualquier regla métrica o rítmica.

Isabel no pudo evitar el pensamiento de que, para no ser ningún experto en literatura, Sánchez parecía saber muy bien de qué estaba hablando. El hecho en sí de que supiera lo que eran la métrica o qué clase de estrofa era un soneto en una época en la que la enseñanza de humanidades era cada vez más la hermana pobre del sistema educativo, no dejaba de ser interesante.

—De hecho, si yo fuera aficionado a los diagnósticos fáciles, que por supuesto no lo soy —siguió diciendo Sánchez—, podría llegar a la conclusión de que esa predilección por dos formas tan distintas de poesía habla claramente de una disociación de personalidad que con el tiempo podría llevar, si aún no lo ha hecho, a una patología de personalidades múltiples.

Esta vez, no se molestó en enarcar una ceja o esperar a ver si obtenía una reacción de Isabel a sus

palabras. En lugar de eso, se llevó un índice a los labios y permaneció pensativo unos instantes.

—Escuche. Se me ocurre una idea. Ya que parece que no la ha convencido mi discurso en favor de los esclavos de silicio —¿*esclavos de silicio?*—, pensó Isabel desconcertada; enseguida se dio cuenta de que en la jerga ligeramente pedante de Sánchez eso significaba los ordenadores—, podemos hacer lo siguiente: le conseguiré copias impresas de los poemas, los cuentos que le he dicho y algunos fragmentos que me parezcan especialmente interesantes. Con eso tendrá bastante para empezar. ¿Qué me dice? De todas formas —añadió, sin esperar a que ella respondiera—, le aconsejo que vaya perdiéndole el miedo a estas maquinillas, si no quiere tener que pasarse varios años dependiendo de mí. —Otra vez aquella sonrisa, medio ingenua, medio maliciosa—. Cuanto antes aprenda a moverse por sí misma, mucho mejor. Que conste que a mí no me importa. Lo digo por usted.

—Comprendo.

—Para curarse una fobia de estas yo creo que lo mejor es acudir a un buen psiquiatra. ¿Conoce alguno? —preguntó, completamente serio.

Esta vez fue ella la que no pudo evitar una sonrisa.

—Un par de ellos —respondió.

—Eso está bien, nunca se sabe cuándo pueden hacer falta. Si espera un poco, seleccionaré los textos y los iré mandando a la impresora.

Su mano volvió a dirigir el ratón con la misma naturalidad, comprendió de repente Isabel, con la que ella utilizaba un bolígrafo para tomar alguna nota. *Supongo que tiene razón. Tendré que ir acostumbrándome a esas malditas máquinas.*

Pronto la impresora empezó a murmurar algo ininteligible y las hojas de papel fueron saliendo una tras otra. Isabel se levantó y se acercó a la bandeja donde la máquina las iba depositando.

—Dígame, doctora. ¿Va a cenar esta noche? —oyó decir a Sánchez a sus espaldas. Lo hizo de repente, en un tono que parecía rebosar indiferencia, el mismo que podría haber usado para preguntar si afuera llovía.

Isabel disimuló una sonrisa y, sin volverse, respondió en el mismo tono:

—Suelo cenar todas las noches.

—Ya. Qué tontería, ¿no? —Su voz sonó ahora vacilante—. Quiero decir, que si le gustaría cenar conmigo. Nada del otro jueves, ya sabe, un italiano, un chino, una hamburguesa. El sueldo de aquí no da para muchas alegrías.

Ella se volvió y le miró unos instantes. Sánchez intentaba aparentar tranquilidad, pero Isabel se dio cuenta de que sentía realmente nervioso.

—Bueno. Siempre podría invitar yo —dijo, sin saber bien por qué lo hacía.

Cenar con Sánchez era un error, estaba segura de ello, y sin embargo en ese mismo instante decidió que aceptaría la invitación. Vio cómo él se relajaba y volvía a sonreír:

—Ah, en ese caso, estupendo. Si paga usted podemos ir adonde quiera.

—Ya que vamos a cenar juntos, será mejor que nos tuteemos, ¿no?

—No sé si será mejor, pero seguro que resulta más cómodo. Me llamo Mario. Y tú te llamas Isabel, como deduje con tremenda habilidad después de un rápido vistazo al registro de personal. No, no me adules. Era una deducción completamente elemental.

—¿Siempre dices tonterías cuando invitas a una mujer a cenar?

—Sólo si la mujer me gusta.

Isabel no dijo nada. Sánchez se inclinó hacia atrás en el asiento y se llevó las manos a la nuca. Parecía tremendamente satisfecho de sí mismo. *Ah, hombres*, pensó ella.

Por la tarde, a solas en su despacho, le echó un vistazo al fajo de papeles que Mario le había dado. Eran medio centenar de páginas y las fue pasando sin mirarlas con demasiada atención. De pronto, se encontró con una en la que sólo había dos líneas. Las leyó y apenas pudo reprimir una sonrisa:

—Soy algo más que una cara bonita —dijo ella.

—Cierto. También tienes un culo magnífico —respondió él.

Así que Corzo también tenía sentido del humor. Bueno. Siguió pasando las hojas. Al final había media docena de poemas. No le gustaba mucho leer poesía. Requería demasiada concentración para al final no entender nada en la mayoría de los casos. Volvió al principio y empezó a leer el primero de los cuentos que Mario le había impreso:

EL CUENTO DE RODRIGO

EL HOMBRE QUE LO TENÍA TODO

La niebla se arremolinaba a sus pies como un ser vivo, quizá como un perrito ansioso esperando una muestra de aprobación de su amo, pero él no prestaba la menor atención a aquel impertinente y húmedo acompañante. Sólo tenía ojos para la ventana frente a él, cuya luz ya llevaba encendida cerca de una hora. El alumbrado público intentaba en vano espantar a su molesto compañero y en el cielo, más allá del abrazo helado de la niebla, hacía tiempo que habían salido las estrellas.

Llevaba allí, de pie, desde poco antes del atardecer. Había visto ir y venir a los transeúntes, había contemplado cómo la tarde palidecía lentamente hasta morir en una llamarada carmesí más allá de las montañas que rodeaban la ciudad, había visto llegar a la niebla y había permitido, entre divertido y molesto, que se enroscase entre sus pies.

En realidad apenas había prestado atención a lo que le rodeaba. A su lado podía haberse producido un atraco, dos violaciones, cuatro incendios, ocho terremotos, dieciséis inundaciones, y habría permanecido impasible contemplando la ventana cuya luz se encendió poco antes de caer la noche. Sólo tenía ojos para aquel único cuadro de luz al que a veces asomaba una silueta femenina.

Aquella silenciosa espera era la culminación de los últimos veinticinco años de su vida. Para llegar allí había escalado montañas, esculpido en el teclado con dedos temblorosos obras que quedarían para siempre en la memoria de los hombres, luchado en guerras sin sentido, alzado gobiernos sin propósito e ideado religiones imposibles. Se había internado en selvas impenetrables en las que el amanecer sonaba como el llanto de un recién nacido y la lluvia era un furor bíblico que no acabaría jamás. Había explorado océanos tan hondos que el paisaje era de otro planeta y los peces criaturas alienígenas que lo miraban con ojos incomprensibles.

Un cuarto de siglo atrás había permanecido en aquella misma esquina, despidiéndose para siempre, eso había creído, de aquella ventana en la que la luz parecía no apagarse jamás. Y apenas tres meses más tarde había vuelto, sólo para encontrar que su lugar ya había sido ocupado, que no era bienvenido y jamás lo sería.

Recordaba con total precisión cada una de las palabras que habían salido de su boca.

—Quizá eso sea cierto ahora —había dicho—. Pero te garantizo que a partir de hoy no pasará un solo día sin que oigas hablar de mí.

Su promesa había resultado ciertamente exagerada. Sin duda habían transcurrido meses enteros sin que ella oyera mencionar su nombre. Pero luego, a partir de un momento, estaba seguro de que su presencia se había convertido en un fantasma molesto y esquivo del que no podía deshacerse.

Ella le había llamado una vez, una sola vez.

—¿Es así como piensas vengarte de mí? —le había preguntado.

Ridículo. ¿Tan mal entendía las cosas? ¿Tan poco le conocía?

—No quiero vengarme de ti —respondió. Y era cierto, por supuesto. Podía ser mezquino, pero jamás se le ocurriría vengarse de ella por haberle permitido abandonarla; aquello habría sido excesivo—. Simplemente te quiero.

—Déjame en paz, por favor. —No había el menor asomo de súplica en su voz, solo sonaba cansada.

—No volverás a verme si no quieres —dijo él, y colgó suavemente.

En realidad se sentía encantado por la forma en que estaba sucediendo todo. Cierto que el primer error había sido suyo. Jamás debió haberla abandonado, tendría que haber comprendido que aquel cuerpo insolentemente joven que se había colado en su mente no era más que eso, un cuerpo, y que lo que verdaderamente quería estaba a su lado, como había estado siempre. Hasta el hombre más inteligente puede tener un momento de ceguera (y por supuesto él se consideraba tremendamente inteligente) y nadie estaba libre de error.

Tampoco había sido culpa de ella lo ocurrido después. Era ridículo que le estuviera esperando el resto de su vida por si acaso recuperaba la cordura y decidía volver. En ese aspecto no había nada que reprocharle.

Pero no era justo. Un error, un solo error. Y ahora ¿no había manera de volver atrás? No, comprendió enseguida, no se podía regresar a lo que había sido, pero de alguna manera se las apañaría para conquistarla de nuevo.

Los seis primeros años fueron los de la literatura. Su nombre estaba en todas partes, los escaparates de las librerías amenazaban desbordarse con sus libros. Era famoso, rico, tan asquerosamente popular que llegó a sentir náuseas ante su propia imagen reflejada en el espejo. No muchas sin embargo, tenía demasiada buena opinión de su persona para tenerse asco durante mucho tiempo. Había sido una buena época, o por lo menos cómoda, fácil, agradable, pero apenas había dejado huella en él: casi no recordaba una sola frase de todos los libros que había llegado a escribir y publicar en aquel tiempo.

Recordaba mejor los años siguientes. Fue la época de las proezas: escalar el K-2 sin ayuda de serpa o equipo de supervivencia alguno, batir el récord de inmersión libre, descubrir pruebas irrefutables de la existencia de una antiquísima civilización en mitad de la cordillera atlántica, encontrar una nueva especie de homínido justo en los umbrales de la inteligencia en un rincón perdido de la selva amazónica. Sí, sus recuerdos de aquella época sobrevivían mejor que los de ninguna otra: el denso y sofocante olor de las selvas al amanecer (pero fresco y tibio como su cuerpo por las noches), la muerte reseca que se ocultaba tras las dunas del desierto, el tacto imposible y cristalino de un fragmento de hielo arrancado del enorme glaciar antártico, el mundo que parecía extenderse a sus pies, como si le perteneciera, desde la cumbre del Himalaya, los paisajes distorsionados entre las olas, cabalgando el mar junto a los delfines, escuchando el canto sin final de las ballenas.

¿Qué había pensado ella de todo aquello? Cuando inició su plan había roto deliberadamente todo contacto, tenía que ser ella la que, apabullada ante su presencia en todos y cada uno de los momentos de su vida, terminase buscándolo a él. No lo había hecho, pero sin duda tuvo que sentirse abrumada: cada vez que volvía la vista, conectaba el televisor u hojeaba un periódico allí estaba él. Hasta en una conversación oída por casualidad en una cafetería: su nombre se estaba convirtiendo ya en una leyenda y nada de lo que ella hiciera podía evitar que lo oyese en todas partes.

Una vez franqueadas todas las fronteras, se dedicó a cambiar el mapa del mundo, a alterar las ridículas demarcaciones que los humanos habían erigido para protegerse de sí mismos. Alzó y derribó gobiernos, luchó en guerras sin final y una tarde, sentado en su tienda de campaña con los gañidos de las hienas sonando a lo lejos, se sintió como el coronel Aureliano Buendía en medio de aquellos treinta y dos levantamientos armados que había promovido y perdido. Entonces, cargado solo con su petate, abandonó el campamento mercenario y se internó en el desierto del norte. Siempre caminando había recorrido penínsulas, cabos y bahías. A su lado se habían alzado religiones, filosofías, estructuras metafísicas tan delicadas como incontrovertibles. Él había sonreído, un ateo convencido como era, y había pensado que si los hombres no podían evitar fabricarse un dios lo menos que podían hacer era construir uno razonable.

Durante seis años el mundo no supo nada de él. Cuando volvió a aparecer derribó de un plumazo las torres filosóficas que él mismo había ayudado a construir (buscar otra vida en lugar de vivir la que tenemos es una pérdida de tiempo, declaró una tarde en todos los televisores del mundo) y con el capital que había ido acumulando todos aquellos años convirtió la industria cinematográfica en el instrumento de comunicación que debería haber sido si el sonoro no hubiera hecho su aparición con diez años de adelanto.

Y luego... luego se había detenido y había comprendido que no le quedaba nada por hacer. El resto del mundo mencionaría su nombre durante los próximos mil años, pero ella no le había llamado.

Así que incumplió la promesa que se había hecho a sí mismo y la llamó. Fue tan inútil como lo había sido, comprendió, escalar las montañas más altas, escribir los mejores libros, bajar a las simas más hondas, desencadenar las guerras más inacabables, explorar las selvas más sofocantes, construir las religiones más duraderas. Ella se negó a verlo, no quiso saber nada sobre volver con él.

Comprendió entonces que habían pasado veintiún años desde la última vez que se habían visto y que para ella él se había convertido en un ser remoto y legendario que no tenía nada que ver con el hombre que un día había compartido su vida.

Regresó a casa, solo. Permaneció en ella meses enteros: las persianas bajadas, la luz eléctrica conectada, el zumbido de fondo de alguna melodía inocua repitiéndose para siempre en el CD. Solo conseguía pensar en su plan, en

su plan perfecto que tenía que devolvérsela, hacerla suya otra vez y ahora para siempre, y que, comprendió, no era más que un castillo de naipes, un laberinto de una sola calle, un juguete roto y sin propósito. Sí, sin duda ella oiría su nombre hasta el día de su muerte, para ya nada significaría en su vida.

Pasaron los años. Y una tarde se encontró de nuevo frente a su ventana, con la niebla lamiéndole los talones como un perrito ansioso, buscando el valor para atravesar el portal y subir a verla.

Echó a andar. Cruzó la calle con paso vacilante y mientras lo hacía lo comprendió todo. Lo que estaba a punto de hacer no tenía el menor sentido, ni para él ni para ella. Había estado tan ocupado intentando recuperarla que durante todos aquellos años no había tenido un solo momento para pensar en ella. ¿Realmente la amaba? ¿Había merecido la pena desperdiciar todos y cada uno de los momentos que había malgastado? Intentó recordar su rostro y se dio cuenta de que no conseguía retenerlo en la memoria. Sus ojos eran... ¿verdes, pardos, azules, negros? El color de su pelo era claro, sí, estaba seguro de eso, pero de nada más. Y su carácter, ¿cómo era, cómo se comportaba, cómo había reaccionado ante el dolor, a qué sonaba su risa, en qué se convertía su rostro cuando la ira hacia presa en él? Mientras pasaba frente al ascensor, sin verlo, y comenzaba a subir por las escaleras comprendió que no conseguía recordar uno solo de aquellos detalles triviales que componían el amor. ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó. No la amo, posiblemente no la he amado jamás. Ella siempre fue mas lista que yo y ha comprendido eso hace mucho tiempo, mientras yo seguía empeñado en una carrera ridícula en la que los únicos vencedores serán la muerte y el olvido.

Pese a todo siguió subiendo, como una especie de extraño peregrino buscando una penitencia sin sentido. Siguió subiendo, dejando atrás un piso tras otro, y al fin se detuvo frente a una puerta de la que recordaba el número pero nada más, y su mano vaciló junto al timbre de llamada.

Entonces lo vio todo de nuevo. Con una claridad dolorosa y afilada se dibujó en su memoria la tarde en que la había conocido, la imaginación talló otra vez todos y cada uno de los momentos que había vivido a su lado. La vio reír, llorar, amarlo, vio su cara volviéndose hacia él en mitad de la clase, aquella sonrisa que había convertido repentinamente su rostro en el más bello del mundo, la vio otra vez a su lado, calmando sus pesadillas, otorgándole la fe en sí mismo de la que él carecía, empujándolo una y otra vez hacia delante. Comprendió que si había conseguido bajar a lo más hondo, subir a lo más alto, cruzar fronteras infranqueables y quedar atrapado en la memoria de los hombres había sido gracias a ella. En cierto modo, ella lo había hecho a él, aquellos seis años juntos lo habían convertido en otro hombre y le habían dado el empuje necesario para atreverse a cualquier cosa. ¿Y yo? ¿Cómo la he cambiado yo? ¿Hay algo de mí en su mirada, en sus maneras, en el modo en que contempla el mundo? No sabía si todo aquello era una trampa de la memoria, si estaba inventando lo que ya no conseguía recordar, pero de alguna forma presentía que no. Cerró los ojos una última vez y su imagen se clavó dentro de él, con una nitidez tan absoluta que sintió una punzada de dolor. Su dedo cayó sobre el timbre.

La puerta se abrió. Allí estaba ella, y la memoria no lo había engañado. Coincidió punto por punto con su recuerdo e incluso los detalles que no había conseguido imaginar (las canas, las arrugas, el brillo de cansancio que los años habían posado sobre sus ojos) sólo contribuían a hacer que fuera más ella misma, tal y como la recordaba. Y allí, agazapado en lo más hondo de aquellos ojos claros (como el mar en primavera, recordó. Como el cielo tropical tras una tormenta, como el reflejo del sol en las nieves antárticas) vio una sombra de sí mismo, tan empequeñecida que apenas era visible. Pero estaba allí, había dejado su huella. Por un instante pensó en dar media vuelta, irse, regresar a su casa y a su mundo. Era suficiente, dejar una parte de él dentro de ella era más que suficiente y no necesitaba nada más.

—Hola —dijo, sin embargo, mientras sentía que se quedaba sin palabras—. Aquí estoy.

Ella se quedó mirándolo, de pie en el umbral, sin moverse, sin decir una sola palabra.

Tampoco cerró la puerta.

El cuento le gustó, pese a las evidentes exageraciones de algunas de las cosas que contaba. Supuso que era deliberado, una forma de darle cierta dimensión épica a una historia que de otra manera hubiera resultado trivial. El argumento la sorprendió. Era, básicamente una historia de amor, de encuentros y desencuentros, casi tópica en su planteamiento, aunque no en la forma de narrarla, y aquello no parecía encajar en la fría y serena personalidad que había imaginado para Corzo.

Supongo que estoy dando por supuesto demasiadas cosas.

Iba a leer otro de los cuentos cuando se dio cuenta de la hora. Era mejor que se fuese a casa y se preparara. Mario había quedado en pasar a buscarla hacia las ocho y media, y ya eran las seis.

Guardó los papeles en el cajón de su mesa, colgó la bata en la percha y se puso el abrigo. Ya cerraba la puerta cuando repentinamente dio media vuelta y volvió a entrar en su despacho. Cogió los papeles de Corzo, los guardó en una carpeta de papel y se los llevó con ella.

—¿Qué opinas de esto?

Estaban en los postres y Mario se había mostrado como un acompañante perfecto. Ocurrente, atento, con alguna que otra insinuación de vez en cuando, pero lo bastante sutiles y, en apariencia inocuas, para que ella pudiera no tenerlas en cuenta si lo deseaba. Se sorprendió a sí misma entrando en el juego y dejándose halagar pese a que siempre había odiado el coqueteo inútil que parece presidir los prolegómenos de cualquier relación.

Mientras el camarero les traía los postres, se había formado entre ambos un silencio que, curiosamente, no resultaba incómodo. De pronto ella había recordado el papel en su bolso y lo había sacado.

Mario lo cogió y lo leyó con atención. Una media sonrisa asomó a su boca. Ya no tenía el pelo recogido en la nuca: ahora lo llevaba suelto y, para sorpresa de Isabel, le quedaba bien.

—Ah, sí —dijo Mario—. *All along the Watchtower*.

—¿Cómo?

—Sí. Escucha.

Empezó a leer el poema en voz alta:

Sin embargo

no siempre ves el ojo de la tormenta

y tarde o temprano

la oscuridad gana la partida.

Entonces sólo queda

un jinete que se aleja,

el viento que sopla,

un lobo que aúlla.

En la distancia

un tigre ronronea sus últimos maullidos,

y el gusano taladra su camino hacia la luz.

—Esto es puro Bob Dylan. Ya sabes: *Outside in the distance, a wild cat did growl, two riders were approaching, the wind began to howl*.

Isabel meneó la cabeza.

—Lo siento, no lo conozco —dijo.

—Joder. Es una de las canciones más conocidas de Dylan. —La tarareó brevemente—. ¿Nada? Si todo el mundo ha hecho versiones de ella: Hendrix, U2...

Parecía adecuado decir algo, así que Isabel articuló un:

—Ah —que no sonó demasiado convincente.

A Mario no se le escapó que Isabel no sabía de qué estaba hablando y que sólo había asentido por pura cortesía.

—Vale —dijo—. Ya veo que el tema no te interesa. No te preocupes, ya me ocuparé un día de estos de tu cultura musical y te explicaré por qué Bob Dylan es uno de esos pobres diablos cuyas canciones siempre suenan mejor cuando las canta otra gente. Porque no me negarás que la versión buena de *Knocking on heaven's Door* es la de *Guns & Roses*.

Isabel lo miró tratando de parecer seria e interesada. Mario se encogió de hombros.

—En cuanto a esto —señaló el poema—, para mí es muy evidente que lo escribió pensando en la canción de Dylan. Bueno, no soy ningún crítico, ni nada parecido, pero me da la impresión... no sé.. Mira estas líneas: el jinete que se aleja, el viento que sopla, el tigre que ronronea. Es casi lo mismo que la canción.

«No soy un experto en literatura», «no soy un crítico». Isabel se preguntó qué otras cosas no sería Mario. Reprimió una sonrisa y dijo:

—Sí, supongo que es cierto.

—Ahora bien, si me preguntas qué significa, ni idea. Al fin y al cabo tú eres la escudriñaneuronas.

Le hizo gracia la expresión.

—Mira. Yo sólo soy un pobre informático que se ocupa del sistema de datos del hospital hasta que encuentre algo mejor. No sé, supongo que tendré que pegarle un toque a Bill a ver si me enchufa en su empresa. —Vio enseguida que ella no tenía ni idea de lo que estaba diciendo—. Déjalo, no tiene importancia. Este tío te fascina, ¿verdad? Bueno, es lógico, supongo que si te hiciste psiquiatra fue por algo, y el amigo Corzo parece haber sido diseñado a posta para dar de comer a vuestra profesión. ¿Cómo es como lo decís? Ah, sí, «un caso de libro de texto».

Isabel no pudo por menos de notar el suave tono mordaz que había en las palabras de Mario.

—Tengo la impresión de que no te gustamos mucho —le dijo.

Él pareció incómodo.

—No, no es eso. Bueno, a lo mejor sí, no lo sé. Quiero decir, supongo que hay buenos y malos psiquiatras, como en todas las profesiones. Pero me da la sensación de que si uno es bueno en eso de hurgar en la cabeza de los demás no es porque haya estudiado, sino porque sabe conocer a las personas que le rodean. Y eso no se aprende. Por lo menos, no en los libros, o en las clases. No sé si me entiendes. Por muchos títulos que tengas si careces del material de base adecuado, vas jodido, ¿no?

Ella asintió, pero él no pareció ver el gesto.

—Y, por otro lado, la psiquiatría es una de las ramas más recientes de la medicina, y su objeto de estudio es quizá el elemento más complicado que tiene el cuerpo humano. Las otras especialidades se han desarrollado casi al mismo nivel que las demás ciencias, pero la vuestra, en fin, no quiero parecer ofensivo, pero es como si estuviera todavía en la Edad Media: unos pocos resultados que son fiables porque se han comprobado empíricamente y un cúmulo de supersticiones que parecen funcionar, pero de las que nadie está seguro del todo.

Isabel apenas pudo evitar una sonrisa, al oír uno de los argumentos favoritos de Carlos en boca de otra persona.

—No debería decirte esto, pero tienes razón —dijo—. Es lo mismo que opinaba el director de mi tesis.

—Vaya, un tío inteligente, entonces. —Sonrió—. Y tú también. Da gusto encontrar a alguien que no se deja cegar por los prejuicios de su profesión.

Ella no hizo caso del cumplido.

—Pero de todas formas —dijo, sin embargo—, si queremos que la psiquiatría alcance el nivel de verdadera ciencia, tenemos que seguir adelante con lo que tenemos y confiar en obtener resultados a medida que

pase el tiempo. Si los científicos hubieran hecho caso de lo que dices seguiríamos en la Edad de Piedra.

—Sí, pero ¿qué hay de los fracasos?

—Bueno, siempre los hay. Eso es inevitable. En realidad los fracasos enseñan tanto como los éxitos. De hecho, probablemente enseñen más. Son necesarios, en cierto modo.

—Vale, de acuerdo. Pero... Quiero decir, si Newton la hubiera pifiado con la teoría de la gravedad.... bueno, no le hubiera estropeado el coco a nadie, ¿verdad? Pero si un psiquiatra la caga le está jodiendo la vida a su paciente. Mira, quizá no soy muy imparcial en este asunto, pero verás, mi mente es lo mejor que tengo, aunque según algunos no sea gran cosa. En realidad es... no sé, no me explico muy bien. Lo cierto es que me aterra la posibilidad de que alguien hurgue por ahí dentro y estropee algo por error.

—No somos curanderos, Mario. Hacemos las cosas con cuidado.

—Coño, ya me lo imagino, pero... En fin, mejor lo dejamos. Es un asunto en el que no nos vamos a poner de acuerdo.

—A lo mejor te sorprende.

Mario asintió, como si la frase de Isabel no fuera un simple lugar común.

—Estoy seguro —dijo—. No sería la primera vez. Pero volvamos a lo que te interesa. Me da en la nariz que no has aceptado mi invitación a cenar sólo por mi considerable atractivo. Seguro que pensaste que te resultaría más fácil sacarme información cómodamente sentados frente a un postre que en el hospital.

Isabel se encogió hombros, incómoda.

—Bueno, es cierto en parte.

—Al menos sólo lo es en parte. Ya es algo. Pero te comprendo. A veces a mí mismo me gustaría ser psiquiatra... bueno, no exactamente eso. Pero sí tener los conocimientos suficientes para poder estudiar a Corzo de verdad. Llevo dos años trabajando aquí, y desde que empecé a compilar los índices de lo que escribe me ha tenido fascinado. Quiero decir. Bueno, ¿has leído algo más aparte de este poema?

—Sí, uno de los cuentos. El de Rodrigo.

—Ah, *El hombre que lo tenía todo*. Interesante. Y además un ejemplo perfecto. Si lees lo que Corzo ha escrito te darás cuenta de que es un tío con... bueno, la expresión es un poco cursi, pero sí, ¿por qué no? Tiene una sensibilidad increíble, y es capaz de comprender a las personas de una manera asombrosa... y además nunca juzga a sus personajes: conoce sus debilidades, pero no los condena, ¿comprendes? No me imagino como un tío con una mente así fue capaz de hacer lo que hizo. ¿Cómo se puede ser tan contradictorio?

Ah, Mario acababa de poner el dedo en la llaga, pensó Isabel.

—Todos lo somos, Mario —dijo—. Quizá no lleguemos al extremo de Corzo, desde luego, pero todos estamos llenos de pequeñas inconsistencias. Podemos ser envidiosos y nobles al mismo tiempo, altruistas y mezquinos casi en el mismo instante, asesinos y amantes prácticamente a la vez. Recuerdas a los nazis, supongo. Al fin y al cabo se han convertido en los malos por excelencia de... —Vaciló unos instantes. Lo que iba a decir le sonaba pedante y pomposo y se preguntó de dónde le vendría aquella forma de hablar. Pese a todo siguió adelante—... de la ficción popular moderna. Son el nuevo coco, el hombre del saco puesto al día, ¿no? Bien, el juicio fácil es considerarlos inhumanos, monstruos. Pero la verdad nunca es tan sencilla. Eran personas, y posiblemente no muy distintas de ti o de mí, no había nada malo en ellos, nada anormal, no más de lo que podía haber en cualquier otra persona. Pero en determinadas circunstancias fueron capaces de cometer verdaderas barbaridades, y justificarlas racionalmente. Ese es nuestro problema, ¿sabes? Nuestro desarrollo emocional no ha ido a la par del intelectual. Y ¿qué significa eso? Que seguimos llenos de prejuicios y atavismos y nuestra inteligencia, en lugar de superarlos o de luchar contra ellos, los justifica. Eso siempre resulta más fácil.

Se dio cuenta de pronto de que ahora era ella la que estaba repitiendo, casi palabra por palabra, uno de los discursos favoritos de Carlos, y comprendió entonces de dónde había surgido aquella forma de hablar pedantesca y pagada de sí misma. No pudo evitar una sonrisa nostálgica y se preguntó qué habría pensado

Carlos de haberla visto. Se dio cuenta de que Mario la miraba, esperando que continuase.

—Lo siento, creo que estaba soltando un discurso —dijo.

—Sí, pero era bueno. Sigue.

No lo hizo. En lugar de eso terminó el postre en silencio, mientras Mario leía de nuevo el poema.

—No entiendo mucho de poesía —dijo este, tras unos minutos—, pero me parece bueno. ¿Quieres que haga un diagnóstico? —preguntó de repente.

Isabel apenas pudo evitar una sonrisa ante aquel «no entiendo mucho de poesía» y dijo:

—Adelante.

—Veamos. Yo diría que revela una personalidad pesimista, que se ha sumido en su propia oscuridad y ha perdido ante ella. Pese a todo, aún existe un mínimo resquicio de esperanza. No confía en ella. Pero allí está todavía ese *gusano taladrando su camino hacia la luz*. ¿Qué tal?

—Heterodoxo, pero interesante.

—Ya.Quieres decir que no he dado ni una.

—No. Sólo que no has usado la jerga adecuada. Has hablado como un escritor, no como un médico.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo era.

Tras la cena buscaron un lugar donde tomar un café e Isabel no tardó en darse cuenta de que Mario la estaba llevando hacia el *Avalón*. En la entrada del bar, mientras le franqueaba el paso, la miró con su característico enarcamiento de cejas, esperando a que ella dijera algo. Una vez más se quedó chasqueado, porque Isabel se limitó a entrar en el local y buscar una mesa libre.

Era viernes, así que al contrario que otras noches ahora estaba casi lleno, pero tuvieron suerte y pudieron encontrar una mesa milagrosamente desocupada. Tomaron asiento y, poco después, el hombre vestido de gris se acercaba a ellos.

—¿Un carajillo, Mario? —preguntó.

—Ya que lo pones así... —respondió éste.

El hombre de gris asintió, con una sonrisa distante en sus labios pálidos.

—¿Y usted, señorita?

—Tomaré otro —dijo ella.

Con un nuevo asentimiento, el hombre dio media vuelta y volvió a la barra.

—Así que eres un habitual —dijo Isabel.

—Bueno, supongo que sí. Todo lo habitual que uno puede ser de un sitio que no lleva abierto más de cuatro meses —respondió Mario—. Creo que me metí aquí por pura casualidad el mismo día que abrieron, y sin quererlo me convertí en el primer cliente. Así que por eso Remiel me trata como una especie de... no sé, mascota de la casa, supongo.

—Ya veo —dijo ella.

Guardaron silencio, hasta que el tal Remiel volvió con los dos carajillos. Los depositó en la mesa frente a ellos y, cuando Mario hizo ademán de ir a pagar, negó con la cabeza.

—Invita la casa.

—Ya que lo pones así... —volvió a decir Mario.

Remiel sonrió otra vez y, durante unos instantes, clavó sus ojos grises y lejanos en Isabel. Fue tan sólo un momento y luego, con un cabeceo, Remiel dio media vuelta y volvió a la barra.

—Así que una mascota, ¿eh? —dijo Isabel tras un rato de silencio.

—Ya ves. Todo tiene sus compensaciones —respondió Mario.

Pasaron el resto de la noche sumergidos en una charla trivial y agradable y no volvieron a tocar el tema de Corzo. Cuando se iban Mario dejó caer una alusión sobre invitarla a un último café en su apartamento. Pese a que la idea le resultaba atractiva, rechazó la invitación, y Mario acogió el rechazo con un encogimiento de hombros y un guiño malicioso. Isabel descubrió que le gustaban sus modales: era cauteloso, y no se enfadaba cuando sus avances eran rechazados. En realidad, le hubiera gustado subir a su apartamento. No porque le apeteciera el sexo en aquellos momentos (*pero también, también, reconócelo*, se dijo a sí misma), sino porque sentía curiosidad por ver en qué tipo de ambiente vivía Mario: de qué objetos se rodeaba, qué estilo de muebles prefería, hasta qué punto era desordenado. Sin embargo, al final se impuso su naturaleza cautelosa (*desconfiada*, habría dicho Carlos) y decidió que si iba a haber una relación entre ambos merecía la pena tomarse las cosas con calma. *Y la habrá*, pensó, mientras llegaban a su portal y él se detenía en el último peldaño de las escaleras esperando a que abriese la puerta.

—Gracias por todo, Mario —dijo—. Me lo he pasado muy bien.

—También yo, doctorcita. —Isabel hizo un mohín de disgusto—. Tendré que llamarte así más a menudo. Me gusta tu cara cuando pones esa expresión. Ah, y gracias por no comentar nada.

Aquello la pilló por sorpresa.

—¿Sobre qué?

—Sobre mis curiosas preferencias en cuestión de estupefacientes.

—No entiendo nada.

—El tabaco.

—Ah.

—Sí, ah. No me has dicho que debería dejarlo, no me has soltado un discurso sobre lo peligroso que es para la salud, ni todas esas pamplinas. Los médicos sois muy curiosos. Suponéis que la gente no tenemos ni idea sobre nosotros mismos.

—Bueno, también los informáticos sois curiosos.

—Ah, no, señora, ni hablar. Somos gente muy simple que trabaja con maquinillas muy simples.

—No me creo nada.

—Ya tampoco. Pero igual colaba. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se despidió con un nuevo guiño. Desde el interior del portal, ella lo vio perderse por la calle medio iluminada. Tenía unos andares curiosos, como si saltase en lugar de caminar. *Tienes tres años más que él*. Y qué. Carlos tenía once más que ella y la cosa había funcionado. Por un tiempo, al menos. Tonterías.

Subió en el ascensor. Un pliego de papel asomaba apenas en su bolso. Lo cogió y desdobló. Volvió a leer el poema. Corzo. No, en aquellos momentos no le apetecía pensar en Corzo. Volvió a guardar el papel, casi a la vez que el ascensor llegaba a su piso.

Caminaba por un largo pasillo en sombras. A lo lejos, en la distancia, sonaba una música: flautas, un coro de voces blancas, una percusión distante. En el pasillo, la oscuridad era como un ser vivo, como animal salvaje

que acechaba su presa, quizá un tigre que ronronease sus últimos maullidos. *Pero el más tierno de los tigres*, pensó de pronto, *acecha en mi mirada*.

Seguía caminando, y el pasillo era interminable. A los lados, las puertas se entornaban, una rendija de luz intentaba escapar, tal vez un gusano taladrando su camino entre las sombras, buscando una luz que no encontraría jamás.

Al fondo algo se movía. Sí, alguien se acercaba a ella por aquel pasillo infinito, repitiendo cada uno de sus movimientos, tan perfectamente sincronizado con sus propios pasos que sólo podía ser una ilusión. *Qué tontería. Claro que es una ilusión. Estoy soñando*. Pero el pensamiento carecía de fuerza y enseguida desapareció.

Poco a poco fue viendo la figura, cada vez más próxima. Era una mujer, una mujer de cabellos rubios, que sostenía algo en su mano izquierda, al igual que ella en la derecha (*pero no mires, todavía no, no mires qué es lo que llevas en la mano*). Pronto estuvieron cerca, tanto que no tenía más que alargar el brazo para tocarla. Entonces comprendió. Era ella, su imagen reflejada en el espejo que ocupaba aquel extremo del pasillo. Se acercó a sí misma, a aquel doble simétrico que ocultaba en las sombras lo que había en su mano. Se acercó y se miró a los ojos, contempló su boca, el mentón ligeramente afilado, la nariz que debería haberla hecho fea pero sólo resaltaba su atractivo. Sí, se encontró hermosa, por primera vez en su vida se encontró hermosa, como si no se viera por sí misma, sino a través de los ojos de alguien ajeno.

Notó entonces un movimiento al fondo del pasillo. Se volvió, pero no pudo ver nada. Sin embargo, en el espejo, una puerta lejana se estaba abriendo. Distinguió apenas una silueta femenina (*pero ahora no soy yo, y sin embargo...*). Luego la puerta se cerró y comprendió que tarde o temprano la oscuridad ganaba la partida. Antes de que se cerrase, su luz iluminó lo que su doble llevaba en la mano y lo reconoció horrorizada como una cabeza humana. Miró su propia mano y vio que ella también sostenía por los cabellos oscuros un rostro de mujer, cubierto de pecas, y atónito para siempre en la muerte.

Abrió la mano, pero los cabellos se enredaban en sus dedos y la cabeza no caía. En el espejo, su doble sonrió con malicia.

A lo lejos, una flauta repetía una y otra vez una música cíclica y machacona, mientras los cabellos, como si fueran los tallos de una enredadera delicadísima, se trenzaban alrededor de sus dedos, su mano, su brazo. Abrió la boca para gritar, pero algo oscuro oprimió su garganta y comprendió que no podría, que aunque lo hiciera nadie la iba a escuchar, estaba sola y la oscuridad estaba ganando la partida.

El viento sonó a lo lejos. Un jinete se alejaba.

Luego, todo fue oscuridad y pudo dormir sin sueños el resto de la noche.

Vio a Corzo al día siguiente, poco después de haber dirigido una sesión de terapia conversacional, y mientras recorría los pasillos del hospital sin un rumbo concreto, tratando de despejar su cabeza, de olvidar lo que acababa de oír.

No soportaba la terapia de grupo, en el noventa por ciento de los casos le parecía una pérdida inútil de tiempo: tus problemas no se van a solucionar por que los aires a los cuatro vientos, tus tendencias suicidas no van a desaparecer con sólo pegar cuatro gritos y reconocer que el mundo no te odia y que en el fondo lo que te pasa es que eres un inútil y tienes que aprender a aceptarlo y vivir con ello.

Sí, cierto que a corto plazo, como cualquier catarsis, tenían un efecto beneficioso, pero a la larga todo volvía a empezar de nuevo, y posiblemente peor que antes. Cuando el motivo de tu depresión es de orden químico resulta relativamente fácil de solucionar: es cuestión de averiguar cuál es el neurotransmisor que produces en exceso o defecto y seguir el tratamiento adecuado.

Pero qué pasa cuando tus deseos de acabar con todo vienen de darte cuenta de eres una completa nulidad, que la persona brillante y maravillosa que puebla tus fantasías sólo existe en ellas, que los demás te ven tal y como eres y a lo máximo que puedes aspirar es a su compasión, nunca a su amor. ¿Cómo se cura eso? ¿Qué mágica solución puedes inyectar en tu vena que te convierta en un superhombre, qué sesión de psicoanálisis puede hacer de ti el genio que no serás jamás?

A veces, en sus momentos más pesimistas, Isabel pensaba que la mejor solución para esas personas era, efectivamente, la que afirmaban haber intentado y de la que en realidad huían con una desesperación tan aterradora como inútil: el suicidio. Porque la mayoría ni siquiera lo buscaban, sólo lo fingían, era su forma de gritar a un mundo que no los veía que estaban allí, era su manera de suplicar que los quisieran, que los trataran como a las personas maravillosas que no eran, que hicieran de ellos gente carismática, decidida, sensible, versátil, con dotes de mando, atractiva... quién sabe cuántas cosas más que nunca serían y que pedían a los demás sin saber que los demás no podían dárselas, sólo ellos mismos. Y en realidad ellos tampoco.

Intentó serenarse, abandonar aquellos pensamientos. Sabía bien que en el fondo su desconfianza hacia la terapia de grupo era fruto de sus prejuicios (*sí, pero no sirve de nada*, seguía pensando sin poder evitarlo). Apreciaba demasiado su propia intimidad, y encontraba absolutamente impúdico, incluso obsceno, el espectáculo de un hombre proclamando en público lo más privado de sí mismo. *Entonces ¿por qué te hiciste psiquiatra? Pero es distinto*. Sí, sin duda lo era. *No es lo mismo un cotilleo privado del que sólo os enteráis tú y tu paciente, que un chismorreo público del que todo el mundo está al tanto*. Normalmente no era tan cínica: no llegaba a engañarse a sí misma pensando que había escogido aquella profesión por puro altruismo, sólo por el deseo de ayudar a los demás, pero tampoco creía ser una cotilla desenfundada a la que le encantaba hurgar en la mente de los demás para ser la única poseedora de sus secretos. Cuando estaba tranquila, en calma consigo misma, sabía que el verdadero motivo por el que había elegido la psiquiatría era que su propia mente la había fascinado desde niña, y eso la había llevado inevitablemente a interesarse por las mentes de los demás.

La forma en que somos capaces de mantener cien opiniones contradictorias a la vez sin ser conscientes de ello, el mecanismo intrincado por el que llegamos a sostener las teorías más absurdas, la forma en que nuestra inteligencia es capaz de justificar los prejuicios más ridículos, ese ansia de encontrarle sentido a todo, de comprenderlo todo. Claro que sí, es por eso. El cerebro humano es la máquina más compleja que jamás he conocido, el mecanismo más delicado que ha construido la Naturaleza. Desde siempre se había analizado a sí misma, había seguido el curso de sus propios pensamientos, aprendido por qué laberínticos senderos se internaba su mente para tomar las decisiones a las que llegaba. Y conociéndose a sí misma había empezado a intentar conocer a los demás.

Se detuvo en mitad del pasillo, desorientada. Por unos segundos no fue capaz de decir a qué parte del hospital la habían llevado sus pasos. Siguió caminando y entonces, al doblar un recodo, vio el gran cristal que se abría a la habitación de Corzo. No había nadie en el pasillo, y comprendió en aquel momento que aquella era una de las zonas del hospital menos transitadas. *Realmente se lo ha montado bien*. Sí, el arreglo de Corzo con Rodríguez había resultado completamente satisfactorio para el primero.

Se detuvo frente al cristal. Estaba allí (claro, ¿dónde iba a estar si no?), sentado frente al ordenador, pero no escribía. Apoyaba los codos en la mesa y el mentón en la palma de las manos. Había algo curioso en su mirada, como si estuviera perdido en algún lugar lejano al que sólo él tuviera acceso. De pronto se volvió hacia ella y durante unos instantes pareció estar mirándola directamente a los ojos.

Qué tontería. Sin duda estaba contemplando su propio reflejo. Se preguntó cómo sería saber que tras el espejo que ocupaba la mayor parte de aquella pared había un mundo entero que podía estar observándolo. ¿Qué intimidad se podía tener en un caso así? Corzo nunca tendría la seguridad de que no estuvieran observándolo día y noche, cuando escribía, al comer, por la noche, en la soledad de su cama, mientras soñaba o se masturbaba.

Era curioso. ¿Por qué aquel espejo? Al fin y al cabo podía haber incluido en el trato con Rodríguez un lugar de reclusión con más intimidad. De pronto se dio cuenta de que aquella era la única habitación de todo el hospital de esas características, la única que tenía una de las paredes cubiertas por una cristalera como aquella. Tenían que haberla construido así deliberadamente, para él. ¿O había sido el propio Corzo el que había pedido algo como aquello? No tenía sentido. O quizá de alguna extraña y retorcida forma si lo tuviera.

Siguió su camino, y pronto llegaba a una zona del hospital más transitada. Fue como ingresar en otro mundo. Se dio cuenta que la zona en la que vivía Corzo no sólo estaba casi vacía de personal, sino también de todos esos sonidos en los que nunca nos fijamos y que dan vida a un sitio.

Regresó a su despacho. Tenía casi una hora libre y la pasó leyendo los otros relatos de Corzo. Todos contaban la misma historia, tal y como Mario le había dicho: un hombre dejaba a una mujer por otra; algún tiempo después se arrepentía e intentaba volver con la primera. A veces lo conseguía y a veces fracasaba, y

a veces fracasaba aunque lo consiguiera.

Y sin embargo el cuento nunca era el mismo. En algunos relatos era la mujer la que contaba la historia, aunque casi siempre le tocaba al hombre actuar de narrador. En una ocasión, el cuento se contaba con la voz de la otra mujer, aquella por la que él había dejado a la primera, que en la mayoría de las historias apenas tenía importancia. Los entornos cambiaban: un escenario de ciencia ficción al estilo de *Star Wars* daba paso a un ambiente realista y éste a un lugar innominado que parecía sacado de algún *western* clásico.

De entre todos los relatos hubo uno que le llamó poderosamente la atención. Era *El cuento de Irene*, el único que identificaba a su autor como una mujer. La historia tenía lugar en un curioso jardín cuyas flores almacenaban los recuerdos de sus visitantes para luego contárselos a su jardinero. Llevaba por título *El jardín de recuerdos que se bifurcan*, una expresión que le resultaba vagamente conocida, aunque no sabía de qué. Un trío de flores le contaba al jardinero la historia de tres personas que acababan de salir del jardín, y cada una de las plantas adoptaba la voz, el punto de vista, los sentimientos, del humano al que representaba.

Era fascinante, porque los tres contaban la misma historia, y sin embargo, al ser tamizada a través de los ojos de cada uno, al filtrarse a través de sus sentimientos, sus prejuicios, sus odios y preferencias, parecían estar hablando de cosas completamente distintas. Al acabar el cuento, aunque en ningún momento se le pedía al lector de forma explícita que lo hiciera, uno tenía la sensación de que se lo estaba obligando a que se decidiera por una de las tres historias. ¿Cuál era la buena, cuál era la verdadera, la auténtica? Isabel supuso que cada lector llegaría a una conclusión distinta de acuerdo a sus propias experiencias y emociones, y que muy pocos darían con la solución que a ella le parecía la correcta. Ninguno contaba la verdadera historia, los tres lo hacían.

Corzo no sólo era un buen escritor, con aquel cuento demostraba ser un excelente juez del carácter humano. Había sido capaz de mirar a través de los ojos de otras personas, posiblemente tan distintas a él como lo eran entre sí, y había podido interpretar de forma creíble cómo veían ellos su propia historia.

Y eso la llevaba a otra cosa. Isabel siempre había pensado que no podías conocer a los demás sin conocerte previamente a ti mismo. Tienes que comprender tus propias debilidades, aprender cómo funcionaban tus propios mecanismos mentales, antes de adentrarte en la cabeza de los demás. Por lo tanto, Corzo tenía por fuerza que conocerse a sí mismo, tenía que ser consciente de qué era lo que lo había llevado a descuartizar a su familia hacía once años.

Miró el reloj. Faltaban cinco minutos para la reunión semanal con los otros miembros del personal médico. Intentó olvidarse de Corzo y ordenar sus pensamientos: la sesión de terapia de grupo, la evaluación psiquiátrica de los pacientes a su cargo, las correcciones sobre los diagnósticos anteriores y las recomendaciones finales que daría sobre los posibles tratamientos.

Lo consiguió, más o menos. Pero en el fondo de su mente, de vez en cuando relampagueaba una imagen minúscula: un hombre sentado frente a un ordenador, la barbilla apoyada en las manos y la vista clavada en un espejo que le devolvía su propia imagen pensativa. ¿Qué pasaba por aquella cabeza?

Un par de días más tarde, Mario volvió a invitar a cenar a Isabel y ella aceptó. Durante la cena apenas hablaron de Corzo. En realidad, cada vez que ella sacaba el tema, Mario se las arreglaba para evitarlo sin que pareciera deliberado. A los postres él la invitó otra vez a su casa. Antes de que pudiera rechazar la invitación agregó:

—Te aseguro que mis intenciones son totalmente honestas. Bueno, quizá no totalmente —agregó con una sonrisa—. En cualquier caso quiero enseñarte algo que creo que resultará interesante.

Pese a todo estuvo a punto de negarse. Sin embargo, terminó aceptando. Por un lado, se fiaba de Mario (*estúpida*, le decía una parte de su mente. *Sigues siendo una ingenua*) y por el otro la intrigaba el hecho de que durante toda la noche apenas hubiera fumado dos o tres cigarrillos. El comportamiento de fumador compulsivo del día en que lo había conocido parecía haber desaparecido sin dejar el menor rastro.

Su apartamento no estaba muy lejos de allí, y era pequeño y limpio, aunque un poco desordenado. Isabel tuvo la impresión de que aquél no era su estado habitual, de que normalmente todo estaba mucho más

patas arriba que como lo estaba viendo. Debía haberlo estado recogiendo aquel mismo día por la tarde. De algún modo presintió que el desorden parcial que aún dominaba la casa era deliberado, que Mario lo había dejado así, como una especie de pista, como una huella que la permitiera ver, aunque fuera de forma parcial, el tipo de persona que era en realidad.

Preparó un par de cafés y luego la llevó a una habitación que él llamó, con cierta pomposidad, su despacho. Dos de las paredes estaban ocupadas por enormes estanterías repletas de libros. En la tercera se apiñaban, en un caos aparente que sin embargo tenía cierto encanto, algo más de una docena de posters de películas de ciencia ficción. Junto a la ventana había un enorme ordenador. Sin decir nada, Mario lo encendió, abrió la unidad de CD-ROM e introdujo un compact disc en ella. Enseguida sonó una música de aspecto vagamente sinfónico que le resultó familiar, aunque no conseguía reconocerla del todo. Le echó un vistazo a la caja del CD: era la banda sonora de una película de *Star Trek*. Luego, con el café en la mano, recorrió las estanterías. La mayoría de los libros eran de ciencia ficción y en algunos de los anaqueles había pequeñas maquetas de naves espaciales. Algunas más se apiñaban en una mesa al fondo del cuarto.

—Muy interesante —dijo Isabel, después de beber un sorbo de café.

—Sí. Ya lo sé. Ven, quiero enseñarte algo.

En la mesa del ordenador había un montón de libros. Mario fue esparciéndolos sobre ella. Todos tenían portadas en colores chillones en las que naves espaciales absurdas navegaban por nebulosas desconocidas y galaxias distantes. Enseguida se fijó en los nombres de los autores: Rodrigo, Miguel, Javier, Irene, César, Gabriel, Ángel, Jorge, Domingo... Mario asentía, con su habitual sonrisa de niño malo cruzándole la boca.

—Puedes llevártelos a casa y leerlos, si quieres, pero no creo que haga falta. Los estilos coinciden. Cada uno de los cuentos de Corzo está escrito en el mismo estilo que usa el autor al que se los ha atribuido.

Durante largo rato, Isabel no dijo nada, la mirada perdida en aquellas portadas chillonas pero atractivas de algún extraño modo.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó.

Mario dudó unos instantes. Bebió un trago de café antes de decir:

—Desde el principio. Desde que empecé a leer lo que Corzo escribía. No quise decírtelo el primer día, supongo que no me fiaba de ti. Hubieras pensado, y con razón, que me interesaba demasiado por algo que no era asunto mío.

Ella volvió a dejar los libros sobre la mesa. Una idea repentina acudió a su mente.

—¿Sabías que Corzo estaba en el hospital cuando entraste a trabajar en él?

Otra vez aquella sonrisa, como si Isabel acabara de llegar exactamente al lugar que Mario quería llevarla.

—¿Bromeas? —dijo— ¿Por qué crees que me presenté al puesto? Escucha, ese tío me ha fascinado desde que era un adolescente. Tengo todos sus libros publicados. Mierda, incluso... espera un momento.

Se acercó a la estantería y extrajo de allí un nuevo libro, que le tendió a Isabel, abierto por la primera página. *Para Mario, esperando que le guste. C. Corzo y una fecha.*

—¿Te firmó un autógrafo? ¿Cuándo? —Pero antes de que él respondiera miró de nuevo la fecha—. Dios mío. ¿El día antes de que matase a su mujer y a sus hijas? Pero...

—Siéntate. Siéntate, doctorcita, y te contaré una historia.

Ella así lo hizo, en un cómodo sillón bajo los posters multicolores, mientras Mario tomaba asiento en la silla de oficina que tenía en la mesa del ordenador. Durante unos instantes no dijo nada, limitándose a terminar el café. Luego, encendió un cigarrillo y comenzó a hablar.

—Imagínate que eres un chaval de catorce o quince años y que lees ciencia ficción desde... no sé, desde antes de que empezases a andar. A veces tengo esa sensación. Sabes que uno de tus autores favoritos vive en la misma ciudad que tú y, oh, regalo de los dioses, un día un amigo te consigue su dirección. ¿Me sigues? —Ella asintió—. Pues deja de hacerlo o llamo a la policía. Lo siento, es un viejo chiste de Groucho.

A lo que íbamos. Con tu libro bajo el brazo y nervioso como un flan te acercas a su casa. Te abre la puerta su esposa, una mujercita morena y pecosa que parece estar riéndose continuamente y cuando tú consigues decirle a qué vienes (y créeme, te cuesta trabajo, porque apenas te crees que estés en casa del gran hombre hablando con su mujer) ella te dice que pases. Te deja en un saloncito lleno de horribles adornos de cristal en los que tú ni te fijas, y poco después aparece él, sonriente, todo amabilidad. Te firma el libro, te pregunta si ya lo has leído, charla contigo durante casi media hora. ¡Media hora! Aquello es como el cielo para ti. Te vas a casa y te pasas el resto del día mirando como un imbécil la dedicatoria que te ha puesto. Y al día siguiente te enteras de que ese hombre increíble, ese tío que escribe esos libros que tú quisieras escribir, ha descuartizado a la mujercita pecosa y sonriente y ha hecho lo mismo con sus hijas, que seguro que también eran pecosas y sonrientes.

Terminó el cigarrillo y lo apagó en el cenicero que había junto al teclado.

—Y eso es casi todo. Nunca consigues olvidar ese día, ni el epílogo sangriento de después. Y a veces te preguntas qué habría pasado si en vez de ir cuando fuiste hubieras ido al día siguiente. ¿Te lo imaginas? El propio Corzo te abre la puerta y cuando le explicas a qué vienes te dice que adelante, que perdones el desorden. Así que cruzas el pasillo y te encuentras con... bueno, con eso. Durante una temporada tienes alguna que otra pesadilla con el asunto. Luego, todo pasa, pero no del todo. Con los años vas a las convenciones de ciencia ficción, y conoces a otros escritores. Consigues autógrafos suyos, hablas con ellos. Y de vez en cuando, procurando hacerlo de la forma más sutil posible, les preguntas si conocieron a Corzo, qué recuerdan de él, cómo se comportaba, qué tal era. Incluso les cuentas la historia de tu autógrafo. No hay nada como hacer una confidencia propia para que los demás te cuenten las tuyas. El último acto de nuestra obra tiene lugar hace dos años, cuando sale a concurso público la plaza para ocuparse del sistema informático del hospital donde, y tú lo sabes desde hace tiempo, tienen a Corzo.

Mario terminó su historia y, durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada. Al fin. Isabel, con la vista clavada en una de las estanterías repletas de libros, murmuró:

—Comprendo.

—Sí, doctorcita, ya me imagino que comprendes.

—Díme, Mario —preguntó ella después, mirándolo a los ojos de un modo extraño, como si quisiera asegurarse de que aún estaba allí—, ¿qué ha pasado con tu pose de fumador compulsivo?

La pregunta no pareció que lo pillase por sorpresa. Se limitó a reírse entre dientes y decir:

—Ah. Muy bueno. Eres muy buena en lo tuyo, doctorcita —dijo él. Parecía tremendamente complacido—. Tú lo has dicho. Sólo era una pose. A veces lo hago, cuando conozco a alguien que puede llegar a gustarme. No puedo evitarlo. Me encanta provocarlo y ver cómo se comporta. Ya me imagino que un psiquiatra sacaría una conclusión más bien torcida de todo eso, pero por suerte no hay ninguno cerca, ¿verdad?

—Cierto —dijo ella. Mario no se dio cuenta del tono seco, casi profesional con el que Isabel había pronunciado la palabra—. ¿Y cómo pasé la prueba? —añadió a continuación en el mismo tono de voz.

—Muy bien —respondió Mario, sin perder la compostura. Parecía estar disfrutando con todo aquello—. En realidad tan bien que estuve a punto de contarte todo esto el primer día. No sé, de algún modo supe que podía fiarme de ti.

—Ya veo —dijo Isabel, tras un breve asentimiento—. Sí, me parece que lo veo bastante claro. Y ¿qué esperas que haga ahora?

Sólo entonces Mario notó su extraño tono de voz. La miró con desconcierto y dijo, en un tono que casi sonaba a disculpa:

—Bueno, no lo sé, en realidad. Supongo que nada en concreto. Pero creo que te sientes tan fascinada por Corzo como yo mismo. Y puedo ayudarte. Sí, no soy médico, no tengo ni idea de patologías, esquizofrenias ni toda esa jerga extraña. Pero posiblemente soy la persona que mejor conoce a Corzo aparte de él mismo.

—Sí. Lo sé. ¿Y qué esperas a cambio?

Mario no respondió al instante. En lugar de eso, se incorporó en la silla y echó a andar por la habitación. Se detuvo frente a la pared que no estaba ocupada por una estantería y, durante unos segundos se quedó

contemplando un póster en el que un hombre medio desnudo maldecía arrodillado en una playa tras la que se adivinaban los restos de la Estatua de la Libertad. Casi le daba del todo la espalda a Isabel, pero ella veía lo suficiente de su rostro para darse cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior.

—Ya veo —dijo de repente, volviéndose hacia ella—. Sí, creo que ya lo veo, y no es que me guste demasiado, si soy sincero. ¿De qué tienes miedo? Maldita sea, Isabel, me gustas, me caes bien y quiero ayudarte. Eso es todo.

Y entonces ella comprendió que era cierto, que eso era todo, que no había nada más y que se había comportado como una estúpida. Sin embargo, algo terco y orgulloso dentro de ella la impulsó a decir:

—No, eso no es todo.

—Ah, cierto —dijo Mario—. Qué olvidadizo soy. Cómo pude no acordarme, por Dios. A cambio de mi ayuda solo te pido una cosita sin importancia, una minucia, una fruslería, una bagatela. ¿Podría sodomizarte con el puño, por favor?

Su tono de voz era completamente serio, pero en lo más hondo de sus ojos brillaba algo malicioso y juguetón. Durante unos instantes permanecieron inmóviles, en silencio, mirándose como dos enemigos recelosos. De pronto, Isabel no pudo contener una carcajada.

—Qué bestia eres —dijo luego.

Él sonrió, e Isabel se dio cuenta de que lo hacía con timidez, todavía no muy seguro del terreno que pisaba.

—Sí. La gente de pueblo somos así —dijo—. En serio, doctorcita, no hay intenciones ocultas. Después de todo, lo que yo sé puedes llegar a averiguarlo por ti misma. Simplemente, sin mi ayuda tardarías algo más.

Isabel asintió. Ya se le había pasado por la cabeza la idea de que los supuestos autores de cada uno de los cuentos pudieran ser personas reales, y era una pista que había decidido investigar, así que en realidad Mario no había hecho más que corroborar sus propias sospechas. *Estúpida*, se maldijo. Pero nada en su rostro ni en sus modales dejó traslucir lo tonta que se sentía.

Durante el resto de la noche no hablaron más de Corzo. Mario contó algunos chistes y luego le enseñó varias de sus maquetas favoritas. Poco después ella se sorprendió contándole lo de sus recortes de periódico, algo que sólo le había dicho a Carvajal. Empezaron a intercambiarse chismes y anécdotas tontas con la misma familiaridad que si se conocieran desde la infancia. De pronto ella miró el reloj y se dio cuenta de que eran más de la cuatro de la mañana.

—Dios. Tengo que irme.

—Te acompaño.

—No, pediré un taxi.

Después de unos minutos, él se dejó convencer y ella llamó a un taxi desde allí. Mario insistió en acompañarla al portal.

—¿Quieres que vayamos mañana al cine?

—Lo siento. Este fin de semana pensaba ir a ver a mis padres —mintió ella.

En realidad le apetecía salir con Mario, pero tenía demasiadas cosas que masticar (y la menor de ellas no era lo estúpido de su comportamiento y el modo en que, con otro hombre menos paciente aquello habría desembocado en el desastre), y prefería aprovechar el fin de semana para ello.

—Mala suerte. Otra vez será.

El taxi ya había llegado. Isabel se despidió de él y echó a andar hacia el coche. De pronto se detuvo, dio media vuelta y volvió a donde estaba Mario.

—Hasta luego —dijo; y sin pensárselo demasiado le dio un breve beso en los labios.

—Eh, eso no ha estado mal. ¿Podemos repetirlo?

—Ya veremos. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, doctorcita.

El martes, Rodríguez la llamó a su despacho. En su mejor tono paternal, empezó a preguntarle cómo le iban las cosas, qué tal se había adaptado al nuevo ambiente, si tenía algún problema con sus compañeros de trabajo. Isabel, por supuesto, contestó que todo iba de maravilla. No era estrictamente cierto, porque las cosas nunca van de maravilla, pero en realidad iban bastante bien y no tenía grandes motivos de queja. En general el ambiente de trabajo no era malo, y ya comenzaba a saber cómo tratar a las pocas personas que le daban problemas.

—Excelente, excelente —dijo Rodríguez, acentuando su sonrisa de paternal complacencia—. ¿Se ha puesto al día con los internos a su cargo?

Isabel dijo que sí. Se contuvo y no añadió que era lo primero que había hecho. Rodríguez dudó unos instantes, como si estuviera a punto de tocar un tema delicado y no estuviera muy seguro del mejor modo de plantear la cuestión.

—Estupendo —dijo al fin—. ¿Qué me dice de Corzo?

Aquello la tomó por sorpresa. En realidad no tenía muy claro que Corzo entrase del todo bajo su jurisdicción. De hecho, en las últimas semanas había llegado a dar por supuesto que Corzo era asunto exclusivo de Rodríguez, estrictamente fuera del ámbito del resto de los médicos.

—Bueno. He leído su informe médico, naturalmente —respondió, sopesando con cautela cada palabra—. Pero en realidad no le he estudiado con detenimiento. Quiero decir que su situación en el hospital es un poco fuera de lo corriente, y no sabía si usted creería conveniente...

—Ya veo —dijo Rodríguez, asintiendo en un gesto comprensivo.

Isabel no las tenía todas consigo. Presentía que de alguna forma Rodríguez se había enterado de sus investigaciones extraoficiales y que toda aquella cháchara en su despacho no era más que un preámbulo para llamarla al orden, quizá incluso para imponerle algún tipo de sanción o amenazarla de alguna manera. Por un instante pensó que Mario le había ido con el cuento al director, pero enseguida se maldijo por haber sido tan mezquina. Además, sabía bien que Mario no ganaría nada con ello, sólo perjudicarse a sí mismo en última instancia.

Entretanto, Rodríguez había permanecido en silencio, e Isabel se sorprendió al darse cuenta de que el director del hospital parecía nervioso. Que más allá de sus maneras falsamente cordiales y su pantomima de paternalismo, no las tenía todas consigo, como si el que tuviera que preocuparse por haber hecho algo fuera él y no Isabel.

—Se acerca la revisión anual del señor Corzo —dijo, al cabo de un rato de vacilación—. ¿Cree que con una semana tendrá tiempo para ponerse al día?

Isabel tardó en comprender la pregunta.

—¿Cómo? —consiguió contestar, aún sin asimilar del todo lo que acababa de oír.

La sonrisa de Rodríguez se ensanchó, aunque resultó poco convincente.

—Normalmente me encargo yo mismo de la evaluación psíquica de Corzo —dijo—, pero la verdad es que cada vez tengo menos tiempo para estas cosas, por desgracia. Es terrible, querida, nunca acepte un cargo administrativo, le impedirá ejercer la medicina, que es lo que todos queremos en el fondo. En fin, lo último que quiero es aburrirla con mis problemas. ¿Cree que una semana será suficiente?

Isabel apenas se lo podía creer. ¿Realmente le estaba diciendo...? ¿Le estaba ofreciendo...? No, más increíble todavía, ¿le estaba asignando a Corzo?

—Sí. Sí, eso creo —logró decir, sin embargo, sin que su asombro se trasluciera en su modo de

comportarse.

Rodríguez pareció sorprendentemente aliviado, y, de pronto, recuperó su tranquilidad, como si acabaran de hacerle un examen y lo hubiera pasado por los pelos.

—Estupendo —dijo. Y parecía realmente contento—. Estaba seguro de que podía contar con usted. No creo que haya ningún problema. Corzo siempre ha colaborado con nosotros y nunca nos ha causado el menor trastorno. —Dudó unos instantes y, por un momento, pareció un mago a punto de revelar al público sus trucos—. De hecho, él mismo manifestó su interés porque usted se encargase de su evaluación.

Después de lo que acababa de ocurrir, Isabel ya no era capaz de sorprenderse. Acogió la nueva revelación con la misma indiferencia con la que habría reaccionado a un comentario sobre el tiempo.

—¿De veras? —preguntó.

—Sí. Leyó su artículo en *Investigación Médica* sobre conductas aberrantes. Lo encontró muy perspicaz.

—Vaya, eso es muy halagador —dijo Isabel, sintiéndose repentinamente incómoda. El que un enfermo mental alabase un trabajo suyo le parecía incongruente.

Rodríguez la dejó irse casi enseguida, para gran alivio de los dos. De vuelta en su despacho se sentía cada vez más inquieta. ¿El propio Corzo le había pedido a Rodríguez que ella se encargase de su evaluación psíquica? ¿Por qué? ¿Qué interés podía tener en ello? Lo lógico hubiera sido dejarle la tarea a Rodríguez, como siempre: ésta se habría convertido en un mero formulismo, y Corzo habría tenido por delante otro año tranquilo, sin molestos investigadores que se interesasen por su persona. Era un hombre lo bastante inteligente para suponer que ella trataría de hacer su trabajo de la forma más concienzuda posible. ¿O quizá era eso? ¿Quizá después de tantos años de tranquilidad empezaba a aburrirse?

En cualquier caso, estaba claro ahora el por qué del nerviosismo de Rodríguez. Durante todos aquellos años Corzo había sido su terreno exclusivo, su gran triunfo. Y también su más oscuro secreto, comprendió Isabel. De algún modo, Corzo tenía que estar sobornando o chantajeando al director del hospital; de una manera u otra habían llegado a un acuerdo: Corzo no sería molestado con molestos exámenes o incómodos tratamientos; sería un huésped más que un paciente del hospital. Y a cambio Rodríguez recibiría algo. Isabel no estaba segura de qué, tal vez dinero para el hospital (y quizá para él mismo), como afirmaban los rumores. Tal vez otra cosa. No importaba. El caso es que ahora Rodríguez se había visto obligado a compartir su premio, su gran hallazgo y eso lo había puesto indudablemente nervioso. ¿Temeroso tal vez de que se descubriera su chanchullo, o quizá de algo más oscuro? Isabel se encogió de hombros al pensarlo. No importaba. Sí lo hacía sin embargo el hecho de que si Rodríguez había accedido a «compartir» a Corzo eso sólo podía ser porque el propio Corzo así lo había querido. Y eso la llevaba a un lugar no muy agradable.

Trató de apartar aquellos pensamientos de su cabeza. Sacó el expediente de Corzo del cajón de su mesa y volvió a leerlo. Buscó el informe original del psiquiatra forense. La otra vez lo había leído por encima pero ahora lo sometió a un examen minucioso. Era un documento bastante rutinario, y el diagnóstico no parecía estar muy claro. El autor afirmaba haber encontrado rastros de esquizofrenia en su fase simple, pero ni siquiera se mostraba muy firme en eso. El resto del informe divagaba sin aportar ningún dato de valor para la diagnosis. Su primer pensamiento fue que el autor de aquello era un completo imbécil. Pero había algo que no encajaba: estaba bien escrito, con habilidad, y en una primera lectura superficial, su retórica enmascaraba con habilidad la falta de información.

Pasó hasta la última página, buscando el nombre del psiquiatra al que el juzgado le había encargado la evaluación original de Corzo.

Ridículo. No tiene sentido. Esto sólo pasa en las películas americanas. Pero era cierto. Reconocía perfectamente el garabato característico. Era el mismo que había aprobado el proyecto de su tesis. Por si eso no bastase, bajo la firma estaba su nombre completo, escrito a máquina: Carlos Carvajal Márquez.

Cerró el expediente. No conseguía creerlo. Sólo la literatura o el cine barato podían permitirse tal cúmulo de causalidades. *O la vida*, pensó luego. *O la vida*.

2. El más tierno de los tigres acecha en tu mirada